

B47 10
R48

MIENTRAS VIVAMOS DURMIENDO SOBRE UNA PASAJERA TRANQUI-

TROS MALES CON UNA CATEGORICA, ESENCIAL Y DEFINITIVA MOVILIZACION DE LAS CONCIENCIAS

LIDAD ESTAREMOS OLVIDANDO UN DESTINO.—ALGO MAS: LA RESPONSABILIDAD DE UN DESTINO

AÑO IV - N.os 47-48

JUNIO-JULIO DE 1950

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

SUMARIO

COMUNIDAD SOCIAL CRISTIANA.—DIRECTIVAS PONTIFICIAS PARA LOS CATOLICOS DE CHILE, por *Julio Jiménez Berguicio*, S. J.—EL PURISMO Y LOS PURISTAS, por *Jorge Cash Molina*.—EN TORNO A MONSERRAT, por *Julio Silva Solar*.—EN TORNO A LA DEMOCRACIA HUMANISTA, por *Ismael Bustos*.—NOTAS DE DOCTRINA MILITANTE.—PANORAMA NACIONAL.— PANORAMA INTERNACIONAL.—LIBROS.

DEBEMOS GRITAR NUESTRA ANGUSTIA Y SALIR AL PASO DE NUESTRAS

3935

POLITICA Y ESPIRITU

CUADERNOS MENSUALES DE CULTURA
POLITICA Y ECONOMIA SOCIAL

ADMINISTRACION - REDACCION

Ahumada 57 - Teléfono 89166

Casilla 3126 - Santiago de Chile

DIRECTOR

Raúl Oliva Murillo

SUB-DIRECTOR

Andrés Santa Cruz Serrano

COMITE DE COLABORACION

Jaime Castillo Velasco

Eduardo Frei Montalva

Radomiro Tomić Romero

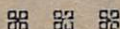
Francisco A. Pinto S. C.

Patricio Aylwin Azócar

Julio Silva Solar

Jorge Cash Molina

Javier Lagarrigue Arlegui



Valor de la suscripción a la serie de 12 cuadernos, Chile: \$ 170.—; otros países: 3.00 dólares. Las suscripciones son recibidas por la EDITORIAL DEL PACIFICO, S. A., Casilla 3126 — Santiago de Chile.

En razón del carácter de los Cuadernos, el Director será el único responsable de los artículos que, con o sin firma, aparezcan en ellos. Los originales deben ser dirigidos a la Dirección: Casilla 3126.—No se devuelven originales ni se insertan colaboraciones espontáneas que no correspondan al carácter de estos Cuadernos.—Se prohíbe reproducir íntegra o fragmentariamente los artículos de estos Cuadernos, sin indicar su procedencia.

Trabajaron en la preparación y redacción de este número: —Raúl Oliva M., Andrés Santa Cruz S. y Jaime Castillo V.—

POLITICA Y ESPIRITU

AÑO 4 - NUMEROS 47-48

JUNIO-JULIO 1950

COMUNIDAD SOCIALCRISTIANA

Los cronistas de nuestros principales diarios con aquella imaginación un poco andaluza que de ordinario hacen gala, han hecho profusos comentarios acerca de vinculaciones más estables entre los conglomerados políticos de nuestra patria que procuran como meta de su destino político la realización de la idea socialcristiana. Han dado como un hecho ya resuelto el que la Falange Nacional y el Partido Conservador llamado Social-Cristiano, de un momento a otro, pasarían a constituir una Federación de partidos social-cristianos; aún más, la unión de ambos partidos en un sólo grupo político sería cosa inminente.

La verdad es que nada se ha tratado en las directivas de ambos partidos. Conversaciones oficiales sobre estas materias no han existido. No ha habido ningún paso concreto que pudiera justificar las noticias de los periódicos. Sin embargo, el tema convida a un atento estudio, a una profunda meditación. Meditación que debe hacerse libre de prejuicios, de egoísmos, de "parti pris", de relaciones subjetivas de simpatías o antipatías. No puede ser menos, ya que puede decirse que lo que está en juego es, en realidad, el contenido, la médula, el alcance y las proyecciones de la idea socialcristiana en su desarrollo cívico. No pretendemos, en estas líneas breves, hacer un examen exhaustivo de la situación, del pro y del contra, de las ventajas y desventajas; pero, al menos, bien se pueden sentar algunas ideas sobre el particular.

En el terreno de la elucubración pura, es evidente que si existen dos partidos políticos que aspiran y buscan la realización efectiva del ideario socialcristiano es preferible la unión a la separación. Unidas las dos fuerzas ellas pueden adquirir una penetración, un alcance, una enjundia mucho mayor que la simple suma de los dos factores.

Sin embargo, el problema no puede resolverse en el aire sino tomando en cuenta en toda su realidad los aspectos concretos de la situación en el país. Sabemos que tanto en el Partido Conservador como

en la Falange Nacional existen grupos de dirigentes que, por razones diversas, se oponen a tales intentos de unificación. Los primeros, sostienen que esta unidad sería actualmente inoportuna, a causa del reciente fraccionamiento del Partido Conservador y que no sería extraño que muchos militantes de dicho Partido, azuzados por la propaganda del Partido Conservador Tradicionalista, llegaran aún a distanciarse de él por esta circunstancia. Los segundos, a su vez, sienten temores de que la idea socialcristiana no está todavía cabalmente comprendida en el grueso del Partido Conservador, creen que no pasa más allá, por el momento, de un grupo escogido de dirigentes.

Nos parece que estas mismas divergencias están demostrando que todavía no existe la madurez necesaria para que se realicen intentos de unificación más serios. La unificación, a nuestro juicio, no debe ser impuesta por las Directivas. Aún cuando hubiera en los grupos dirigentes de ambos partidos las mayorías del caso para llevar adelante la unificación de que se trata creemos que, en el fondo, se haría un flaco servicio a la idea. La unidad debe surgir no de arriba hacia abajo sino de abajo hacia arriba. Debe llegar sola, libre, como el árbol que naturalmente da sus frutos. Es la coincidencia en los puntos de vista fundamentales de la doctrina; el acuerdo en su realización inmediata; más que eso, la conjunción de opiniones y de voluntades realizadoras —amasadas y confundidas como una sola opinión y una sola voluntad al través de los innumerables casos concretos que a diario se presentan en la lucha política—, la que producirá esa unión. Ella surgirá espontáneamente como el producto de un estado de conciencia colectivo. Será la consecuencia del desborde natural de las ideas que han logrado penetrar hasta lo más profundo de las almas. Cuando ese espíritu exista no se podrá detener su ímpetu. Avenida violenta que arrasará con todos los obstáculos que quisieren ponerse a su paso. La unión de los partidos constituirá sólo una manifestación, tal vez no la más importante, de esa superior unidad ya anidada en los espíritus. Unidad tejida en las victorias y en las derrotas, en las críticas y en las alabanzas; unidad puesta a prueba, una y otra vez, en frente de la pavorosa realidad económica-social que exige del cristiano una petición de disconformidad y revolucionaria por esencia. Entonces, cuando esa unidad espiritual exista, vivida en un trecho de camino, tal vez las actas de los Jefes de Partidos sean sólo un símbolo, una muestra simplemente material de algo que venía de más adentro. Manifestación simplemente de la fuerza de las ideas, que cuando son seguidas con fe, con entusiasmo y con dolor, con constancia y fidelidad nada ni nadie las puede detener en su trayectoria.

DIRECTIVAS PONTIFICIAS PARA LOS CATOLICOS DE CHILE

Actividades Políticas — Acción Social

Por Julio JIMENEZ BERGUECIO, S. J.

Este artículo fué escrito especialmente para la difundida revista mejicana "Latinoamérica" y apareció en el número correspondiente a Mayo del presente año. Constituye, en verdad, un serio y objetivo aporte para dilucidar la situación de los católicos chilenos en relación con los problemas cívicos.

La Santa Sede ha dado hace poco una nueva instrucción de gran importancia acerca de la actitud de los católicos en su actividad política y ante las necesidades sociales. Es una carta fechada el 10 de Febrero de 1950, que, por encargo de Su Santidad el Papa, escribió el Secretario de la S. Congregación de Negocios Extraordinarios, Excmo. y Rvdmo. Mons. Domingo Tardini, al Emmo. Sr. Cardenal José María Caro R., Arzobispo de Santiago de Chile.

En ella se reiteran explícitamente y se urgen con vigor las mismas normas dadas para Chile en 1934 en carta del entonces Cardenal Secretario de Estado y actual Sumo Pontífice.

Dada la importancia del documento y, al mismo tiempo, su alcance universal (pues sus instrucciones son las mismas que la Santa Sede, en innumerables ocasiones, ha estado dando para distintos países), parece oportuno presentar a los lectores de "LATINOAMERICA", no sólo el texto mismo de la carta, sino también algunos datos sobre las circunstancias que la han motivado y sobre la repercusión inmediata que ha tenido. Lo haremos primero en cuanto a la actividad política de los católicos, y después en cuanto a su orientación social.

I.—LOS CATOLICOS Y LA POLITICA PARTIDISTA

LA OBRA DE S. E. MONS. D. CRESCENTE ERRAZURIZ

Entre otras importantes obras realizadas durante su arzobispado (1919-1931) por S. E. Mons. D. Crescente Errázuriz, hay una de incalculable trascendencia para el bien de la Iglesia: consiguió independizarla en Chile de la política partidista, desvincular su suerte de la de un partido político, el Conservador, apartar el clero de las contiendas electorales.

Antes de él —declaraba en 1935 el que fuera su Vicario General, Mons. Miguel Miller—, a la Iglesia aquí en Chile “se le creía ligada a las luchas de los partidos, y los que no juzgaban contar con sus favores, dirigían a ella sus ataques para exterminar al adversario, y los que acudían en su defensa solían confundir en el fragor de la contienda los intereses transitorios del partido con los permanentes de la Iglesia. A deshacer este error, a disipar esta atmósfera de desconfianza se entregó el señor Errázuriz con todo el vigor de su razonamiento y con la energía indomable de su voluntad. La Santa Sede había declarado en repetidas ocasiones que la Iglesia está sobre y fuera de los partidos políticos, y el señor Errázuriz, con incansable perseverancia en sus enseñanzas y en su conducta, se propuso llevar a todos el convencimiento de que esa era la situación de la Iglesia chilena y que estaba dispuesto a mantenerla así a toda costa. Dura fué la lucha; se vió rodeado de la incomprensión, y aun combatido por los que eran llamados a ser los mejores amigos de la Iglesia y los más eficaces colaboradores del prelado”.

A pesar de todas esas resistencias a colaborar en esa obra de liberación (de las que públicamente se quejaba el mismo Mons. Errázuriz en su pastoral del 21 de Mayo de 1924), el feliz resultado coronó los esfuerzos del Arzobispo. “Las enseñanzas del señor Errázuriz, añadía el citado Mons. Miller, penetraron hondamente en el alma nacional y un ambiente de simpatía, de adhesión o, por lo menos, de respecto, rodeó a la Iglesia y a su jefe. Colocada así la religión sobre la política, como guía y consuelo de las almas, volando en las altas regiones del espíritu, su voz fué escuchada y estudiados los problemas que a ella se refieren con un criterio de armonía y de amplia comprensión. Su modo de proceder estuvo en conformidad con sus enseñanzas; la Iglesia no tenía personeros (políticos) para tratar con los Poderes Públicos; era el Gobierno Eclesiástico el que exponía su parecer en los asuntos de su incumbencia, el que elevaba directamente sus peticiones y el que reclamaba respeto a los derechos de la Iglesia cuando los creía amagados por alguna ley. No exagero al afirmar que el señor Errázuriz creó una nueva mentalidad en el país” (1).

LA CARTA DEL 1.º DE JUNIO DE 1934, DEL EMMO CARDENAL PACELLI.—Desgraciadamente, apenas muerto Mons. Errázuriz comenzó a perderse esa independencia de la Iglesia frente a la política partidista. Entre otras causas (que no sería apropiado detallar aquí), contribuyó a ello el renovado ímpetu, —casi podríamos llamarlo renacimiento—, que tuvo en esa época la actividad política; el hecho es que la suerte de la Iglesia volvió a aparecer en Chile ligada con la de un partido político, el Conservador,

(1) Discurso pronunciado en la inauguración del monumento a Mons. Errázuriz, el 2 de Junio de 1935.

y volvió a mezclarse la actividad partidista en lo que debía estar libre de ella (tengo abundante documentación, de primera mano, sobre esto y sobre lo que sigue; pero, naturalmente, no es ésta la oportunidad de exhibirla).

Ante ese cambio de la situación, cada día más acentuado y peligroso, el remedio vino de la misma Santa Sede: el 1.º de Junio de 1934, el Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado de entonces y actual Sumo Pontífice, escribió una carta al Excmo. Sr. Nuncio Apostólico en Chile, Mons. Dr. Héctor Felici, con el encargo de transmitir al Episcopado chileno las instrucciones contenidas en ella. Decía expresamente que, “como es sabido, el Santo Padre ha tenido repetidas ocasiones de manifestar su augusto pensamiento acerca de las relaciones entre la Iglesia y la Política”, dirigiéndose a otros países: eran precisamente las directivas que Mons. Errázuriz había visto nítidamente que debían seguirse también en Chile y que había citado varias veces en sus pastorales y circulares. Después de referirse a la “gran política”, entra a la “política de partido” y reitera que dichas agrupaciones, “aunque no se aparten de la doctrina católica, pueden llegar a diferentes conclusiones” en cuanto a la forma de “resolver las cuestiones económicas, políticas y sociales, según sus propias escuelas e ideologías”; y que, por tanto, “un partido político, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos, y aun sus actuaciones prácticas están sujetas a error”. Y por lo mismo, añade, “es evidente que la Iglesia no podría vincularse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión”; y que “la actitud de la Jerarquía y del Clero” debe ser la de “mantenerse ajenos a las vicisitudes de la política militante y a las luchas y divisiones que de ellas se siguen, y abstenerse, por lo tanto, de hacer propaganda en favor de un determinado partido político”; reitera esto, poco después, reproduciendo “las normas dadas por el Concilio Plenario de la América Latina, tantas veces inculcadas”, en las que se dice eso mismo con insistencia.

De aquí se deduce obviamente que “debe dejarse a los fieles la libertad, que les compete como ciudadanos, de constituir particulares agrupaciones políticas, y militar en ellas, siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas”; cosa que repite más adelante al hablar de los socios de la Acción Católica, citando una carta escrita anteriormente al Sr. Arzobispo de Praga, donde dice que de ningún modo se “dirija a los jóvenes católicos de tal suerte, que éstos se inclinen a uno más que a otro de los partidos políticos que den suficientes garantías para la conveniente defensa de la causa y de los derechos de la Iglesia” y se reconoce expresamente que

“los jóvenes inscritos en las asociaciones de la Acción Católica, pueden, como privados ciudadanos, adherirse a los partidos políticos que den garantías suficientes para la salvaguardia de los intereses religiosos”.

Junto con esa libertad de los católicos e independencia de la Iglesia ante la política simplemente partidista, inculca también la Carta dos puntos relativos a la unión fraterna y a la preeminencia de los intereses religiosos, todo lo cual es presupuesto impostergable de aquellas libertad e independencia; así pues, “todos los fieles, aunque militen en distintos partidos”, están obligados a “observar siempre, hacia todos, y especialmente hacia sus hermanos en la fe, aquella caridad que es como el distintivo de los cristianos”; y además, nunca “antepongan las conveniencias del partido a los superiores intereses y santos mandamientos de Dios y de la Iglesia”, sino, por el contrario, están obligados a “anteponer siempre los supremos intereses de la Religión a los del propio partido, y estar siempre prontos a obedecer a sus Pastores, cuando en circunstancias especiales, los llamen a unirse para la defensa de los principios superiores”. A esto último ya se había referido antes, cuando reiteraba que los Obispos deben abstenerse “de hacer propaganda en favor de un determinado partido político”: ahí agregaba que “sólo en momentos de grave peligro tienen el derecho y el deber de intervenir, es decir, cuando sea necesario hacer un llamado a la unión de todos los católicos para que, puesta a un lado toda divergencia política, se levanten en defensa de los derechos amenazados de la Iglesia”; pero, anotaba inmediatamente, “es evidente que en tal hipótesis no harían ellos política de partido”, no se trataría de favorecer a un partido, de obligar a todos los católicos a subordinarse a él o ingresar a él, sino al contrario se trataría de posponer todo lo propio de los diferentes partidos, “toda divergencia política”, para atender sólo a la “defensa de los derechos amenazados de la Iglesia”, bajo la dirección, no de un partido político, sino de los mismos Pastores: sería la unión de los católicos como tales, y no como miembros de un partido político, para una tarea determinada y “en circunstancias especiales”, “en momentos de grave peligro”, todo lo cual corresponde únicamente a la misma Jerarquía eclesiástica, y no a un partido político señalarlo y darlo como obligatorio.

LA PASTORAL COLECTIVA DEL EPISCOPADO CHILENO.—La Carta del Emmo. Cardenal Secretario de Estado no tuvo inmediatamente todo el resultado que se habría podido esperar. Comenzaron a usarse respecto a ella diversos procedimientos que podían, si se les dejaba continuar, llegar a frustrar todas las esperanzas puestas en ella. Como escribía el Excmo. Sr. Nuncio, en su respuesta al envío que los Obispos le hicieron de la Pastoral Colectiva de que ahora vamos a hablar, la Carta fué “objeto de interpretaciones diversas, que han ido perturbando lastimosamente el criterio de los católicos”; hasta se llegó (entre otras, en varias publica-

ciones de Mayo de 1935, casi un año después del documento pontificio) a sostener que, precisamente para conformarse a las instrucciones de la Carta, era indispensable pertenecer al Partido Conservador, y que “nada puede excusar a los católicos de la obligación de alistarse en ese partido católico, que en Chile es el Conservador”, con cuya suerte “la suerte de la Iglesia en la vida pública se confunde”. Realmente, era otra cosa la que se confundía... eran las instrucciones mismas de la Carta las que así se deformaban, y así se iba, como decían las palabras citadas del Excmo. Sr. Nuncio, “perturbando lastimosamente el criterio de los católicos”, y, por lo mismo, como añadía inmediatamente, “se hacía sentir la necesidad de una palabra oficial, que pusiera término a las polémicas y restableciera en forma inequívocable la sana doctrina en materia tan delicada”.

Fué lo que hizo la Pastoral Colectiva del Episcopado chileno, de fecha 15 de Noviembre de 1935. En ella se iban repitiendo las mismas expresiones de la Carta del Excmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado, pero se iban intercalando oportunamente algunas palabras que excluían expresamente esas falsas interpretaciones que la habían desvirtuado. Así se declaraba, como una aplicación concreta, que “ningún partido político en Chile tiene ni puede atribuírse la representación de la Iglesia ni de todos los católicos como tales” y que “los católicos tienen el derecho de agruparse en el partido que más les agrade u organizar otros nuevos, con tal que estos partidos, junto con velar por el bien de la Patria, den por sus programas suficientes garantías de respeto a la Religión y de conveniente defensa de la causa y de los derechos de la Iglesia” (por sus programas, se dice; y no por la magnitud de sus propias fuerzas electorales, por ser cuantitativamente superior, como se había estado sosteniendo —y con lo cual se deshacía toda esa libertad asegurada en la Carta); se reiteraba también que la necesaria unión de los católicos, “aun cuando militen en los partidos a los cuales les es lícito pertenecer”, es un acto de obediencia “a sus Pastores, que son los llamados a juzgar de las circunstancias especiales que puedan ocurrir” y que requieran la obra común para defender los principios superiores; y se deducía, de la caridad debida entre los fieles, “aunque militen en diversos partidos”, que “sería, por consiguiente, deplorable que especialmente en público y por la prensa, se hicieran entre sí guerra violenta y reeriminaciones al tratar asuntos políticos o de orden económico social. En la fe y en la caridad todos deben vivir estrechamente unidos y dar ejemplo de esa misma unión ante todos los adversarios comunes”.

LOS 15 AÑOS SIGUIENTES.—Esa Pastoral, seguida de diversos otros actos más particulares en el mismo sentido, y la clarividente atención del Excmo. Sr. Felici y de su inmediato sucesor S. E. Mons. Aldo Laghi, lograron que la sana doctrina inculcada en el documento pontificio fuera

debidamente conocida, y regularmente aplicada, y quedara a salvo, al menos durante un tiempo, de contradicciones abiertas.

No desaparecieron, sin embargo, las antiguas ideas y tendencias: simplemente adormecidas un tanto, esperaban mejor oportunidad para rebrotar. Y la oportunidad vino.

Principalmente las diversas corrientes surgidas dentro del mismo Partido Conservador ante la elección presidencial de 1938 y, apenas realizada ésta, la amenaza de medidas contra el grupo juvenil llamado Falange Nacional, y la separación de éste, formando un partido aparte, con los resquemores consiguientes a la ruptura, las discusiones que siguieron y la cerrada intransigencia de ciertos sectores para todo lo que no fuera conformismo total con su criterio político, todo eso formó el ambiente apropiado para que resurgieran las mismas antiguas actitudes, opuestas a lo establecido en la Carta del Emmo. Cardenal Pacelli. Cada vez fueron mostrándose más abiertamente e intensificándose las tentativas de emplear como arma política, para beneficio partidista, una supuesta obligación de los católicos de mantenerse y militar en un solo partido político; obligación de someterse a normas y modos de ver de dirigentes políticos erigidos en jueces de doctrina y de actitudes católicas; obligación de admitir pasiva y resignadamente la perpetuación de autoridades de una misma tendencia, a merced de un pequeño sector insustituible (es típico, acerca de esto, lo que presenta el "Programa de acción y conceptos básicos en que se inspira el Movimiento", de Abril de 1939, del grupo conservador llamado "Acción Tradicionalista"; sobre todo en II, a y b, aparece desembozado el propósito de impedir toda renovación democrática de las directivas del partido). Como secuela natural, vino el presentar como fallas en cuanto a la doctrina católica o a los deberes de buen católico, lo que sólo era en realidad divergencias de apreciación en materias contingentes o de actitudes enteramente libres; y vino la insistencia inacabable, sobre todo en la prensa, (hasta llegar a hacer creíbles las cosas a quienes no disponían de información directa), en acusar y calificar desfavorablemente, desnaturalizándolas y malinterpretándolas, actitudes de otros católicos, y sembrar así la desconfianza contra la rectitud de las ideas y de los sentimientos de fieles hijos de la Iglesia.

Incluso, ante diversos actos de Obispos o de asesores de Acción Católica que recordaban las normas de la Carta del Cardenal Pacelli e insistían en su cumplimiento, no faltaron las oposiciones abiertas, al menos en circulares privadas (que, eso sí, a veces resultaron publicadas), y hasta alguna vez en forma pública. Especialmente encontraron oposición las normas reiteradas de la Jerarquía eclesiástica y de la Acción Católica sobre los jóvenes, en cuanto a dos puntos: el de que podían pertenecer a las organizaciones de Acción Católica e intervenir en sus actividades los jóvenes que al mismo tiempo pertenecieran a cualquier

partido político de aquellos a los que los católicos pueden lícitamente pertenecer; y el de que a los estudiantes secundarios no se les llevara prematuramente a intervenir en política partidista, sino que previamente se atendiera a su formación como católicos. Entre otros documentos, referentes a uno u otro de esos dos puntos, o a los dos, están en primer lugar las Normas del Episcopado acordadas en las Conferencias Episcopales de 1939: "1º El Episcopado declara que en conformidad a las instrucciones de la Santa Sede, los católicos pueden pertenecer a diversos partidos políticos, con tal que en sus programas y en sus actividades den fundadas garantías de respetar los derechos de Dios y de las almas y de guardar las leyes de la Iglesia Católica—2º Exhorta vivamente a los católicos a mantener, sobre las diferencias de partido, los lazos de la caridad cristiana y la unión en todas las materias que dicen relación con la Iglesia y a anteponer siempre los supremos intereses de la religión a los del propio partido. Les recuerda que sólo al Episcopado corresponde pronunciarse sobre la verdad o error de las doctrinas que dicen relación con el dogma o la moral cristiana, y en consecuencia no es lícito el calificarse unos a otros como menos firmes o débiles en la fe.—3º Declara también, de acuerdo con las mismas instrucciones, que los jóvenes de ambos sexos que aún no son capaces de derechos políticos, más bien que a las actividades políticas de partido, deben dedicarse a adquirir una sólida formación religiosa, social y cívica que los prepare para el recto y cristiano ejercicio de sus derechos ciudadanos, lo que es tarea principalísima de la Acción Católica a la cual han de pertenecer.—4º Encargar a los Directores de los colegios católicos que con toda diligencia prohiban a sus alumnos las actividades y preocupaciones de la política de partido".

Esas mismas normas fueron reiteradas públicamente en múltiples ocasiones; entre otras, por ejemplo, en las Conferencias Episcopales de 1941, en la Carta del 14 de Noviembre del mismo año de Su Excia. el Sr. Arzobispo de Santiago Mons. José M. Caro, al Asesor Arquidiocesano y Nacional de los Jóvenes (y en la Circular dada conforme a ella por el Consejo Nacional de la Juventud, en Diciembre), en la Exposición hecha por el mismo Mons. Caro a la reunión de Asesores tenida en Santiago a principios de Noviembre de 1942, en la Carta del Excmo. Sr. Obispo de Talca Mons. Manuel Larraín, al Presidente de la Junta Diocesana, de Septiembre del mismo año, etc. Esa insistencia estaba justificada por la resistencia que esas Normas encontraban en la aplicación práctica y aun en teoría. Aunque sería fácil mostrar documentadamente cuál era y hasta dónde llegaba esa oposición, venida de sectores políticos que pretendían monopolizar a los católicos, no parece ésta la oportunidad de entrar en tales detalles, que a veces llegan a ser pintorescos. (Como ejemplo, baste recordar el Memorandum presentado contra el último de los do-

cumentos episcopales que hemos citado; fué presentado por la directiva conservadora de esa época, a los Obispos, pero además fué ampliamente difundido en copias —tanto que el diario “La Hora” pudo publicarlo el día 15 de Noviembre de 1942—; el contenido de dicho documento episcopal, que no hace sino reiterar las mismas normas dadas insistentemente por todo el Episcopado nacional en conformidad con las de la Santa Sede misma, recibe constantemente en dicho Memorándum calificaciones como las de “confusión”, “error”, “citas extemporáneas e impertinentes” “no puede contrariarse el natural deseo de los padres de formar a sus hijos desde temprana edad en la disciplina del partido político de sus afecciones” si éste no es malo, etc.).

Todas esas actitudes opuestas a las directivas expresas de la Carta del Emmo. Sr. Cardenal Secretario de Estado de 1934, y a los numerosos actos episcopales que las reiteraron, siguieron agudizándose y consolidándose; y especialmente vinieron a agravarse en los últimos años cuando surgieron diferencias nuevas en el seno mismo del Partido Conservador. Reapareció en esas disputas internas el mismo sistema empleado antes hacia afuera, de querer aniquilar al adversario político denunciándolo como contaminado de errores anticatólicos, y reaparecieron los políticos erigidos en jueces de doctrina católica (no sólo sin autoridad para ello, sino además sin competencia doctrinal y sin objetividad cuidadosa y leal para referirse al pensamiento y actuaciones de sus adversarios; de lo que resultaban acusaciones destituidas de fundamento basadas en equivocaciones doctrinales o en errores de hecho). Y esa forma de discusión, naturalmente, ahondaba más las diferencias, distanciaba a las personas, consolidaba las sospechas y desconfianzas, y hacía más agria esa lucha entre católicos que la contra adversarios comunes. Todo eso es cosa demasiado reciente, que ha llenado la prensa en estos tres últimos años, y que resultaría a la vez inútil y todavía inoportuno detallar. Finalmente, la separación consumada en 1949 de los grupos conservadores, que pasaron a ser dos partidos diversos, vino a añadir virulencia a esas acusaciones y calificaciones, y a intensificar la estrechez de criterio para considerar como faltas contra los deberes de buen católico a las que sólo eran discrepancia política enteramente legítimas entre fieles hijos de la Iglesia (y respecto a las cuales ella misma insiste en reconocerles libertad).

LA CARTA DE SU EXCIA. MONS. TARDINI, DE 10 DE FEBRERO DE 1950.—Durante los últimos años no habían faltado ocasiones en que la Santa Sede mostrara expresamente que mantenía, contra todas esas incomprendiones y oposiciones, las normas de la Carta del Emmo. Cardenal Pacelli, tantas veces reiteradas. Respuestas particulares, en audiencias concedidas en Roma a visitantes chilenos o en contestaciones escritas a consultas o a informaciones, todas insistían en los mismos puntos de 1934: el

derecho que asiste a los católicos para mantener o formar los partidos políticos que les parezca bien, con tal que den las debidas garantías a la Iglesia, y la obligación de no hostilizar por ello a personas honestas y aún piadosas que pertenezcan a tales partidos o a sus directivas, sino al contrario, de guardar para con ellas todas las normas de la justicia y caridad cristiana, incluso exeuasándoles aquellas faltas que, como hombres falibles al fin, puedan cometer con toda buena fe, por inexperiencia o equivocación.

Sin embargo, todo eso pareció al Sumo Pontífice deber recibir una confirmación más pública y auténtica; y por eso, "preocupado a causa de las persistentes divisiones y polémicas por motivo de política de partidos y anhelando a la vez dar una palabra de aliento al Episcopado chileno para que trabaje por la unión de todos los católicos y para el bien espiritual del pueblo, que no puede estar separado de la justicia, de la paz social", encargó al Excmo. Monseñor Domingo Tardini, Secretario de la S. Congregación de Negocios Extraordinarios, que dirigiera al Excmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Santiago una Carta "para que sea conocida y meditada" (todas esas expresiones son de la carta con que Mons. Tardini acompaña el documento).

Ese documento, respecto al punto que ahora vamos tratando, es decir (como él mismo dice) el "de las divisiones de los católicos en el terreno político con posible daño grave para la unidad superior de la fe y de la obediencia exigida por la disciplina de la Iglesia, cuando se trata de la necesaria y obligatoria actividad de los católicos en el terreno social", dice lo siguiente: "Acerca de estos graves problemas ya en el año 1934, con carta del 1º de Junio al Excmo. Nuncio Apostólico de Chile, había dado claras normas directivas, en nombre del Santo Padre, el Cardenal Secretario de Estado, hoy Sumo Pontífice gloriosamente reinante. Esas directivas generales no han perdido hoy nada de su actualidad, sino más bien, al contrario, ante las persistentes divisiones y polémicas entre los católicos en el terreno político y ante tantas deficiencias en el terreno social, no compensadas con las estériles disputas, ante el consiguiente debilitamiento de la estrecha unión de los católicos, del cual se aprovechan los enemigos de la Iglesia, esas directivas se vuelven a recordar e inculcar con firmeza. "Es evidente —escribía entonces el reinante Pontífice— que la Iglesia no podría ligarse a la actividad de un partido político sin comprometer su carácter sobrenatural y la universalidad de su misión". Los católicos, por tanto, pueden inscribirse y militar en aquellos partidos y deben dar el voto a aquellos candidatos que ofrezcan seguras garantías para el respeto de la Religión, de la Iglesia Católica, de su doctrina y de sus derechos. "Es, sin embargo, obligación de todos los fieles, aunque militen en diversos partidos, no sólo conservar siempre para con todos, pero especialmente para con los hermanos en la fe, aquella caridad que

es como el distintivo de los cristianos, sino también anteponer siempre los supremos intereses de la Religión, a los del propio partido, y estar siempre prontos a la obediencia a sus Pastores cuando, en circunstancias especiales, los llamaren a unirse para la defensa de los principios superiores”.

EL COMENTARIO DE SU EMINENCIA EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.—A pesar de reiterarse expresamente la libertad de los católicos para militar en diversos partidos, siempre que éstos den las debidas garantías, el documento reciente fué objeto de las mismas equivocadas interpretaciones que la Carta del Cardenal Pacelli, en cuanto al género de unidad inculcado: se entendió por muchos que se trataba de unidad política, de unidad de partido político. Entresaco de artículos y declaraciones, de diversos y aún opuestos sectores, algunas expresiones alusivas a esa mala inteligencia del nuevo documento: “El Pontífice ha tenido que estudiar la política íntima del gran partido católico y, con dedo firme y acusador, insinúa, por no decir ordena, que las dificultades terminen”, por lo cual la “obediencia” y la “disciplina” requieren que no “se mantengan en las directivas de los bandos” los “responsables de la triste situación actual del Partido Conservador”, de su división en dos partidos políticos. “Acudamos presurosos a estrechar las filas del querido Partido Conservador”. Se “llama a todos los católicos de Chile, a fortalecer la acción del Partido Conservador”. Se presenta como lo pedido por el Santo Padre cierto “llamado a la unidad, ofreciendo la renuncia suya y de su junta”, hecho por una directiva política para la unidad en un mismo partido, etc.

Ante el peligro de que siguieran esas equivocadas interpretaciones e hicieran así contraproducente la publicación del nuevo documento, Su Eminencia Rvdma. el Cardenal Arzobispo de Santiago hizo un comentario en tres artículos breves publicados los días 2 al 4 de Marzo. En ellos (limitándonos aquí a lo tocante al punto que tratamos ahora), recalca expresamente que el llamado a la unidad hecho por la Santa Sede no es a la unidad política: “lo que la Santa Sede les pide no es que formen un solo partido político; sino que aún militando en aquellos partidos políticos en que pueden afiliarse los católicos por no tener ni sus programas ni su acción, nada contra la doctrina, los derechos de Dios y de la Iglesia, deben unirse en los casos en que la obediencia a sus Pastores se lo pida en defensa de los principios superiores”. Y repite: “Ya se ha advertido y los hacemos de nuevo, que la Santa Sede no pide a los católicos que se unan en un partido político; nunca lo ha hecho y eso se ve con evidencia en el Documento que comentamos: nos pide la unión de los católicos y su trabajo en el campo social, “a cualquier clase social y a cualquier partido que pertenezcan”. Por tanto, no es el interés de un partido político el fundamento de la unión de todos los católicos, a cualquier partido que pertenezcan; sino “los supremos intereses de la Reli-

gión", que "han de ser antepuestos a los del propio partido", como se expresa la carta citada del Cardenal Pacelli. Poco más adelante añade Su Eminencia el Cardenal Caro que "el Documento que comentamos precisa también en varias ocasiones, que toca dirigir la defensa de esos supremos intereses de la Religión, a los Pastores, es decir, al Sumo Pontífice, Pastor Supremo e infalible de toda la Iglesia, y, bajo su dirección y unidos con El, a los Obispos, a quienes, como dijo San Pablo, "puso el Espíritu Santo a regir la Iglesia de Dios". No es, pues, la prudencia humana, no es la sabiduría ni la influencia o el poder político el encargado de esa dirección; ni aún la santidad, sino la legítima misión, recibida directamente de Dios por el Papa legítimamente elegido y del Papa por los Obispos".

La expresa aclaración del Emmo. Sr. Caro consiguió detener la equivocada interpretación y dejar en claro que lo pedido por la Santa Sede es la "unidad de espíritus, de propósitos, de acción" (como dice el Documento al final), bajo la dirección de los Pastores y en lo referente a "los supremos intereses de la Religión". Esa concordia de espíritus entre los católicos requiere precisamente el reconocimiento del derecho que tienen otros católicos para opinar diversamente en materias contingentes y para actuar en otra forma dentro del terreno de la política partidista; ese reconocimiento es simplemente un acto de justicia. Sobre él, la caridad mutua realizará la perfección de la paz, de la comprensión, de la unidad de espíritus, basada en la común adhesión a lo que ya no es política partidista, sino que es la doctrina misma de la Iglesia y su actividad apostólica. Ese es el campo en que todos los católicos, cualesquiera que sean sus diferencias en lo demás, deben estar estrecha y fraternalmente unidos con una unidad que vale más, es más íntima y debe ser más apreciada que las mil pequeñas diversidades, legítimas pero secundarias.

EL PURISMO Y LOS PURISTAS

Por Jorge CASH MOLINA

Una de las figuras humanas más típicas y dignas de estudiarse es la del purista. El purista adolece, a nuestro juicio, de una desviación psicológica que repercute en el medio en que actúa, y que es causa frecuente de que lleve una vida estéril y solitaria. Se nos ocurre que el purismo, y esto sea dicho con la audacia de la ignorancia, hunde sus raíces en ciertas tendencias narcicistas o que, en todo caso, se nutre de un negativismo, de un egoísmo acendrado que petrifica todo ese cúmulo de sentimientos y de pasiones que impulsan a muchos a vivir en un contacto pleno y ardiente con la vida, tal como ella se presenta, tal como se ofrece, para rectificarla.

El purista, no importa lo que piense o lo que crea, siempre conforma su pensamiento y su creencia a su estructura espiritual, y hace de las ideas y de las doctrinas, y aún de las religiones, una razón para el aislamiento. El necesita aislarse para vivir, en cierta medida, para sí mismo, y por eso, tiene que expresar racionalmente esa necesidad. Y así, el purista termina por deformar las concepciones o pensamientos, hasta los más definidos, arrastrando, a los que caen bajo su influencia, a posiciones extremas o ineficaces. Y cuando se trata de vivir una ideología o una fe invariablemente llega a convertirse en el fariseo.

Puristas los hay en todas partes y es fácil reconocerlos; en los partidos, en las confesiones religiosas, pero, muchos más los hay en la soledad porque parece ser que ése es el signo del purista, el estar solo, el moverse en pequeños círculos, insensible, en un siglo militante como el nuestro, a las angustias y a las tareas universales, sumido en la limitada dimensión de "su mundo".

Y además, el purista es soberbio. Ocultando su impotencia y su incapacidad para vivir todo lo critica. Todo es malo para él. Todo es despreciable. Los partidos políticos, los hombres, las obras de los hombres. Nada escapa a la acción corrosiva del purismo. La lengua del purista no descansa y destila por doquier una ironía refinada e irritante. Y así parece que es él el único puro y digno en medio de un mundo contaminado y corrompido.

El purista es también, intrascendente. Puede poseer muchos conocimientos, pero nunca sabiduría. Hablará y hablará ante vosotros y vosotros desconcertados, a través de su palabra que es, a veces, fácil y brillante, adivinaréis una invencible debilidad, la debilidad del que no ama al hombre real y profundamente, no al hombre abstracto, sino

al hombre de carne y hueso que puede ser el enemigo, el pecador, el blasfemo; la debilidad del que está seco por dentro, del que no tiene Caridad.

Hay puristas para los cuales la acusación más grave que pueda formularse es la de falta de sobriedad.

El concepto y la palabra sobriedad ejerce sobre ellos un extraño poder y es como la suma de sus tendencias psicológicas, de sus peculiaridades de carácter.

Debido a la frigididad espiritual que les define encuentran que el mayor desvarío es perder el autocontrol, la más rígida sobriedad.

Si vosotros, en virtud de una emoción noble y sincera, os desbordáis, ellos no son capaces de entender la grandeza de vuestro gesto, o por lo menos, de sentir una fuerza vital, sino que bajan la cabeza y dicen: es poco sobrio. Y es esa la lápida definitiva.

Indudablemente, el hombre oscila, en último término, entre dos tipos, entre dos maneras de ser, la del que vive para sí mismo y la del que vive para la humanidad. La vida del que siempre se niega y se cierra, del que se considera a sí mismo un superviviente privilegiado en el naufragio universal de los seres en la maldad, y la vida del que se siente honda y fraternalmente vinculado a su raza, que es una sola. En una palabra, entre el que se ama demasiado para amar a su prójimo, y el que quiere darse, el que quiere experimentar el saludable sabor de lo humano. Así es con todas las modificaciones y rectificaciones que se quiera. Por eso el hombre puede ser de dos clases: el que en lo más íntimo y secreto de su ser cree ser el único que existe y a los demás los ve sólo, como a sombras y el que en lo más profundo, cree ser parte de una humanidad.

Mucho se ha escrito sobre el purismo, pero es conveniente volver, cada cierto tiempo sobre el tema, especialmente, si se colabora en revistas leídas en un agrado casi exclusivo, por cristianos, porque este mal del espíritu hace estragos preferentemente entre ellos.

Hay purismos de muchas marcas, pero el más disgregador es el que afecta la actitud política de los sectores cristianos. Y es ese el que quisiéramos analizar en sus fases más importantes, utilizando, por supuesto, las experiencias que nos ha proporcionado nuestro medio ambiente chileno.

Tenemos primeramente el purista que siente horror por la política (se entiende que la democrática). Ve en los partidos una fuente de corrupción terrible y todo el espectáculo de la acción de los diversos grupos que luchan por conquistar el poder, de sus vicisitudes, se le antoja deprimente y estéril. Ante él se despliega el combate trabado por los partidos para conseguir el apoyo de la ciudadanía, combate que

le muestra la democracia burguesa, y no es capaz de meditar sobre esto seriamente. No logra penetrar el sentido de la pugna de interés y de ideas que presencia y, concientemente, no se siente solidario con ninguno de los grupos que alberga la nación, y, tampoco, fuera de repetir dos o tres vaguedades acerca de "lo social", es capaz de una crítica profunda y constructiva al orden social y económico actual y sostiene generalmente, una absurda superación de las luchas que libran en la Democracia liberal las fuerzas de acción y reacción (para expresarnos en términos físicos), como si le fuera dado al hombre crear realidades a su gusto y no fuese casi ridículo tratar de fundar una actitud en el vacío, ya que nadie, excepto los puristas, participan de esa posición que no corresponde a una interpretación legítima de los acontecimientos históricos. Como es lógico, estos puristas terminan en el fascismo.

El facismo indiscutiblemente se alimenta, en un alto grado, del purismo, y es además de su rasgo más evidente, o sea, la defensa extrema de las estructuras capitalistas, un reflejo fiel de la psicología purista de carácter eminentemente regresivo.

El facismo entre otras cosas, es un movimiento de regresión histórica, de contención de las energías espirituales y sociales que construyen el progreso, y por eso es una actitud anti-humana, dirigida contra el hombre y sus posibilidades de liberación.

Todas sus fórmulas son claramente reaccionarias y debido a eso es una tendencia tenebrosa de negación ante la vida a semejanza del carácter purista. Ambos, purismo y facismo se definen, también, por el temor a la libertad, por la imposibilidad que tienen de depositar fe en ella, por la ansia no disimulada de represión a hombres y a ideas, en una palabra, por no ser capaces de aceptar la realidad del mundo.

El purista, por lo general, no posee una visión acertada y crítica de lo social-histórico, de las influencias y tendencias que lo informan. El, por ejemplo, sin conocer el origen, el desarrollo y la condición actual de la democracia (siempre nos referimos al purista cristiano en especial) no se siente llamado a animarla de un espíritu cristiano para que sea, algún día, fiel expresión del principio que le dió fama, y clama al cielo por las iniquidades de la democracia y desea una dictadura blanca que salve a palos el alma de los hombres.

No medita en todo lo que se ha caminado y en las cosas que han ido creciendo en el camino. Para él el desarrollo del mundo moderno, en el orden del pensamiento, de las técnicas económicas, de los problemas sociales originados por esas técnicas, etc., nada significan. nada enseñan, e, impávido, pide la vuelta a formas de vida ya superadas y, muchas veces, extremando su terrible impotencia, ante el pro-

ceso de la ascensión de las masas proletarias, y la violencia de la lucha de clases predica como solución el retorno al ideal caballeresco. Así, pues, los puristas están divorciados de la realidad, están fuera de la historia, en el limbo increíble de sus abstracciones.

El purismo es, básicamente, contrario a la democracia. Pero los puristas no siempre rechazan la actividad política. A veces intervienen en la vida política, y usualmente, pasan por "doctrinarios intransigentes".

Desde la alta tribuna que les proporciona su "dureza moral" el purista se convierte fácilmente, en el teórico de la reacción burguesa, lo cual es muy explicable porque hasta los hombres que defienden más descarnada y crudamente sus intereses necesitan revestirse de cierto ropaje ideológico y, el purista no podría jamás ser el técnico de la liberación proletaria, ya que para él, el horror a todo "lo marxista" le hace confundir la justicia y las ansias de redención humana de los trabajadores con las tácticas y las artimañas de "la secta roja". Ahí, se coluden la necesidad del burgués y el miedo del purista y se produce el extraño fenómeno que los que hablan del ideal caballeresco tan citado de que "el error no tiene derechos" se convierten en ideólogos de los círculos capitalistas y de los sectores más cínicos de la burguesía.

También, desgraciadamente, hay hombres que habiéndose librado en gran parte del mal del purismo, y que, sintiendo con fuerza la vocación histórica de la época se han incorporado a partidos cristianos de inspiración popular o a tareas de este tipo, conservan, sin embargo, muchos rasgos puristas que perjudican la acción de dichos partidos o comprometen el destino de las tareas aludidas. Y esto se expresa en dos direcciones principalmente.

Una es la tendencia a moverse en términos exclusivos de "lo católico". Si se trata de organizar las fuerzas de trabajadores se desea dar nacimiento a sindicatos católicos, introduciéndose así un germen de división en la clase obrera, a semejanza de lo que ha significado, en otro sentido, la política comunista que, por su espíritu totalitario, ha impedido la democracia sindical, perjudicando notablemente el interés de los trabajadores. Inconscientemente, el separar a los obreros entre sí, por factores religiosos o ideológicos, aunque sea hecho con la mejor intención, produce más perjuicios que beneficios.

No cabe duda, y es fácil percibirlo, que esa tendencia es un resabio purista que conviene superar.

Esta manera de entender la acción de los cristianos tiene otra manifestación y es la de tender al islacionismo o a la soledad política, la de pretender sustraer el partido o el grupo de contacto con otras

colectividades debido a una concepción moralizante mal comprendida y que es, desde luego, imposible de mantener en una acción destinada a conquistar el poder por medios democráticos. Hay en ésto como una crisis de la fe misma, como una falta de confianza en la fuerza del pensamiento y de la moral cristiana y en su capacidad de conquistar conciencias. Y ésto, a pesar de que obra como factor de razonamiento en muchos debates, rara vez influye en las decisiones prácticas porque la lógica de los acontecimientos se impone el sentido común de las personas.

La otra manifestación de resabios puristas es el intento de aplicación rígida de los principios teóricos a las diferentes circunstancias políticas que se van presentando, lo que conduce, a veces, a posiciones descabelladas y utópicas.

No hay que olvidar jamás que la teoría, por ser, en su aspecto más puro, una imagen, un reflejo del proceso social, político y económico, ignora, en ciertos casos, aquello que podríamos llamar lo humano, lo psicológico, lo imponderable de las reacciones de los hombres, y que esa dimensión del problema de la táctica política debe ser cubierta con la flexibilidad y ductibilidad capaces de responder a dichos hechos.

Esto se debe a que la teoría que el hombre escoge es, quizás, la que más se adecúa a su conformación moral, y por eso, cuando posee ciertos restos de purismo, quiere aplicarlos rígidamente, y termina siendo, naturalmente, un mal teórico. Hasta aquí nuestras reflexiones, sobre el purismo y los puristas. Ellas han sido hechas especialmente para esos sectores de juventud que son, lo sabemos, asiduos lectores de la Revista que publica estas líneas y que, precisamente, por ser jóvenes, sufren la tentación del purismo que se les presenta con ropajes de intransigencia.

El purismo es, pues, por esencia anti-cristiano aunque muchos que se confiesan creyentes son puristas.

El cristiano es puro, pero no purista. El no se niega al mundo, sino que se entrega a él para conocerlo, para rectificarlo con su obra y con su fé. El ama demasiado al hombre como para condenarle, y solo desea salvarle como lo hace su Iglesia.

En cada creatura de Dios vé a su hermano. En el pecador, en el blasfemo, en el miserable él vé su más querido hermano y sufre y pide por él. El cree en la salvación de todos pero desespera de la suya propia. Y va por la tierra luchando con invencible tesón por la justicia y por la más amplia Caridad. Poseedor de la libertad más profunda que es la libertad del espíritu, cree en ella y se enfrenta con irreductible determinación a toda tiranía y opresión.

Y en este siglo en que se levantan grandes y universales esperanzas de redención humana, el vá a vivir y a permanecer junto a los pobres, a los que sufren, a los que esperan. Porque siempre recuerda a un Dios que comió en la mesa de los publicanos, que perdonó a la prostituta y que, incluso, cumplió su misterioso destino, muriendo crucificado entre dos ladrones.

www.archivopatricioaylwin.cl

EN TORNO A MONSERRAT

Por *Julio SILVA SOLAR*

Venezuela a comienzos del siglo XIX. Las colonias de España, acaudilladas por los criollos, se han levantado en armas para lograr su independencia.

Monserrat es un oficial del ejército español que simpatiza con la causa de los rebeldes y con su jefe Simón Bolívar. Izquierdo, hábil y eficaz General de las fuerzas de su Majestad y amigo de Monserrat, intenta la captura de Bolívar, pero su plan resulta frustrado debido a que Monserrat alcanza a prevenir al cabecilla de los sediciosos.

El "traidor" es descubierto y sabe que no podrá escapar al fusilamiento.

Antes de ejecutarlo, Izquierdo concibe una maniobra diabólica para obtener que Monserrat confiese el lugar donde se esconde Bolívar, que, enfermo como estaba, no podía haber ido muy lejos.

Ordena apresar a las seis primeras personas que encuentren en la Plaza, las que deberán permanecer una hora en compañía de Monserrat. Si al cabo de este tiempo, Monserrat —cuyo espíritu humanitario y justiciero es bien conocido de Izquierdo— no ha revelado el paradero del prófugo, las seis personas serán también fusiladas.

Y, efectivamente, los soldados empiezan a cumplir su misión. Traen primero a un comerciante, hombre de gran fortuna que se declara feliz; apenas un año casado con una mujer cuya hermosura es por todos admirada, protesta de que jamás ha tenido nada que ver con la política.

Viene luego un famoso actor de teatro de probada fidelidad a la Monarquía y ni siquiera criollo sino español. Es incomprensible, insensato; alega, "que yo muera inmolado por la causa de la revolución y por Bolívar, ¡yo soy realista! ¡soy leal a la Corona! ¡siempre lo he sido!"

Otro de los desdichados es un indio alfarero que con sus vasijas, por medio de un sistema de canales entrecruzados imita el grito de los animales. Su arte últimamente ha llegado a tal perfección que puede reproducir hasta el llanto de los hombres. "¡De tal modo —lo increpa Izquierdo— que tú pasas horas y horas escuchando el llanto de mis presos sólo para imitarlo en tus cacharos!"

Pero el alfarero no estaba para esta clase de reflexiones. Lo único que le interesaba ahora era su libertad. Nada tenían que repro-

charle. Profesional honrado —artista por añadidura— jamás había pensado si entre el grito de los animales y el llanto del algún condenado existía alguna diferencia. Para su oficio y para su arte eran la misma cosa, y eso le bastaba.

También apresan los soldados a una madre viuda cuyos hijos pequeños han quedado solos. Por último, completan la cuota dos mestizos, casi indios, Ricardo y Elena.

Cuando las seis presonas quedan solas con Monserrat, se producen los cuadros psicológicos que al autor buscaba y que conduce con notable maestría y realismo. El comerciante, el actor de teatro, el alfarero y la madre viuda acosan a Monserrat exigiéndole la revelación del secreto, única forma de impedir la injusticia monstruosa que se va a perpetrar.

¡De Ud. depende todo!, ¡hágalo por nuestros hijos! Tengo cuatro niños pequeños y no podrán vivir sin mi trabajo, dice el alfarero. La madre llora desconsolada y suplica a Monserrat se apiade de sus dos hijitos que están desamparados.

El comerciante cuando ve que nada se obtiene con las palabras y los ruegos, comienza por conceder la fortuna que posee y llega incluso a ofrecer su propia mujer a cambio de la vida. Pero todo es inútil —Monserrat no cede— y en medio de gritos desesperados, presa del pánico, el infeliz es enfrentado al pelotón. Muere como un miserable. Igual sucede con el alfarero.

El autor de teatro utiliza toda la variada expresión de sus recursos dramáticos para ablandar a Monserrat, pero nada consigue. Lloro amargamente. Sin embargo, al fin, recupera la serenidad, y, camina con altivez hacia el muro de la muerte. Su suerte resulta absurda como ninguna.

La madre es arrastrada por los soldados en medio de maldiciones frenéticas lanzadas contra todos los malvados que la hacen morir tan inicuamente, separándola para siempre de sus hijos a los cuales ni siquiera podrá mirar por última vez.

Es horrendo, piensa sin duda Monserrat, y vencido al fin en su resistencia psicológica se decide a hablar. Pero entonces surge la india —Elena— y lo contiene con energía. Monserrat se recobra. Ricardo y Elena están con Monserrat y lo apoyan.

Son los mestizos, los más primitivos del grupo, hablan lo estrictamente indispensable, seguramente no sabrían contestar los argumentos del actor o de Izquierdo, pero en cambio parece que llevarán en su sangre misma la causa que Monserrat defiende con la razón.

Y por eso la energía y firmeza de la india debe imponerse en un momento y acudir en ayuda de Monserrat que vacila.

¿Es que Monserrat está adherido intelectualmente a la Revolución, en el mejor de los casos, por una cierta simpatía desde fuera, mientras que los mestizos —al menos en la trama de la obra; no sabemos hasta qué punto en la realidad histórica— están incorporados de un modo vital, por su condición humana, en razón de un profundo vínculo que une la clase a que pertenecen con la tarea revolucionaria, y por tanto son mucho más resueltos en el sacrificio de sus propias vidas, y no se amedrentan demasiado por el dolor ajeno, cuando saben que éste es exigido por las necesidades de la lucha? ¿Tal es la intención del autor?

Lo cierto, en todo caso, es que los mestizos resultan los hombres fuertes y sabios de la situación. Marchan tranquilos y satisfechos a la muerte.

Hay un asunto fundamental que plantea esta obra con especial genialidad. Es el conflicto entre la Revolución y el hombre, o más exactamente entre la Historia y el hombre.

Convengamos, para este efecto, en definir la Historia —desde luego al margen de toda interpretación filosófica, y por otra parte generalizando más de lo conveniente— como el marco dentro del cual se desarrolla la lucha más o menos constante entre fuerzas revolucionarias, que contienen en sí mismas el germen de una nueva forma de vida cuya realización futura o consecuencia del triunfo que anhelan, las hace confiar siempre, optimistas, en un porvenir mejor para el mundo, y fuerzas de conservación que defienden al presente contra las amenazas de los rebeldes.

En este cuadro de acción y reacción no interesa por ahora saber si las fuerzas en pugna están representadas por clases sociales como pensaba Marx, o por pueblos o naciones —o etapas que se suceden unas a otras dentro del desarrollo interno de estos pueblos o naciones, desde su nacimiento a su extinción—, como sostenía Hegel.

El hecho que buscamos es en cualquier caso idéntico: cuando estas potencias antagónicas entran en contacto y se produce el choque, la guerra sorda o abierta con sus exigencias de violencias y de muerte, se exaltan hasta lo irracional los ideales, los símbolos, las abstracciones, los mitos.

Por un lado, la causa del Rey, de la Monarquía; del buen orden establecido. Por el otro, la de Bolívar, la revolución, la libertad para los oprimidos. Frente a estas dos cosas el hombre concreto desaparece quíeralo o no; la vida humana pierde todo su valor; o se entrega voluntariamente o se arrebatada por la fuerza; es devorada implacablemente por el mito de la Revolución o del Rey.

¿Quiere decir ésto que el Rey y la Revolución deben ser ambos repudiados tal como lo hizo la madre?

Cuidado. El libro de la Historia está repleto de Izquierdos y Monserrats, de Bolívars y Reyes, en cada una de sus páginas, inseparable del bien buscado o conquistado cada día, hay manchas de sangre humana y huellas de bárbaras violencias ejercidas contra el hombre, ya por la naturaleza, ya por técnicas que los mismos hombres controlan. Condenarlo todo significaría condenar la Historia.

Y la Historia, ¿no está acaso regida por designios providenciales? Para un no creyente podría tal vez ser una solución, pero de todas maneras una solución precaria, insuficiente, desesperada.

Y si no es posible esta salida, ¿a quién debemos entonces encontrar razón? Izquierdo o Monserrat, ¿cuál obró bien? (No se trata de algo subjetivo. Sabemos que los dos, en último término, cumplieron con el deber señalado, por sus conciencias).

Izquierdo y Monserrat, ambos en nombre de ideales opuestos, muestran en la práctica igual desprecio por las personas que resultaron ferozmente aniquiladas. A pesar de su cinismo, no debemos olvidar que Izquierdo es un valiente soldado de la Monarquía. El plan que ha puesto en marcha no puede interpretarse como un simple engendro demoníaco. Es una necesidad impuesta por la causa de Su Majestad y hasta cuenta con la aprobación del cura. (Si alguien cree que es demasiado duro, podría preguntar a los japoneses si los medios atómicos de la guerra moderna son más benignos que los usados por Izquierdo).

Monserrat, a su vez, actúa por fidelidad a la Revolución.

—No faltará algún insoportable casuista que verá en Izquierdo una acción directa y en Monserrat sólo permisión indirecta, y absolverá a Monserrat. Dejemos al enano que rebaje la cuestión hasta su propio nivel.

Con todo, es evidente que las simpatías del público se inclinan en favor de Monserrat. Luchaba contra la crueldad inaudita de los españoles que arrasaban a sangre y fuego las ciudades matando sus niños y violando sus mujeres, observan algunos.

Pero éstos no advierten que Izquierdo recuerda a menudo la brutalidad de los venezolanos, que él mismo había sufrido en carne propia.

La causa que defendía Monserrat era la justa, manifiestan otros. En Chile, hoy día en 1950, se afirmaría lo mismo si en lugar de trescientos años la dominación española hubiese estado destinada a durar quinientos, y por tanto todavía permaneciéramos bajo ella. Y ¡qué son doscientos años en la historia del hombre sobre el planeta, después que Toynbee nos ha enseñado a colocarnos en la perspectiva de tiempos y edades siderales!

¿Bolívar y Monserrat, en este evento, no serían acaso dos fanáticos semi-dementes que intentaron derribar el poder español en América, y que por la gracia de Dios no lo consiguieron?

¿En el momento que Monserrat permitía que seis inocentes murieran sacrificados por el ideal revolucionario, resultaba absurdo concebir tal hipótesis?

Pero aceptemos que era la causa justa. ¿Significa ésto que sólo Bolívar podía llevarla a buen término? ¿Sin Bolívar no habría sido posible la independencia de Venezuela?

¿Y si Bolívar perdía la guerra? —fué la terrible pregunta del indio. ¿Y si desalentado abandonaba el continente? ¿Qué sería entonces de los seis muertos que estaban muertos para siempre y que no podrían resucitar como Lázaro, según se encargó de recalcarlo Izquierdo? ¿Dónde quedaban la libertad, dignidad e independencia del pueblo invocadas por Monserrat como justificación de su conducta?

Es más. ¿Estaba seguro Monserrat que la victoria de los insurgentes representaría algún progreso o libertad real para esos “millones de hombres sometidos”? ¿No hizo ver Izquierdo, con lógica torturante, cómo esos indios, casi más bestias que hombres, no obtendrían ningún provecho con una libertad cuyo ejercicio requiere cierta madurez social no alcanzada todavía por ellos? ¿No les resultaba mejor una autoridad paternalista que los protegiera como a menores de edad?

Aquí, como en los otros casos, sólo cabía responder con una “esperanza”. ¿Y por este cúmulo de esperanzas inciertas y vagas se hacía morir a personas elegidas al azar, y se las observaba aterrorizadas, sin comprender este “mercado de vidas humanas”, sufriendo lo indecible ante la tragedia inverosímil que debían afrontar?

¿Por qué se las arrancaba de la vida, de sus familias, de sus amigos y cosas queridas, del mismo modo que un arbusto inconsciente se arranca de la tierra?

Con una palabra solamente Monserrat las habría salvado. Después de todo, ¿quién osaría afirmar que una sola palabra puede cambiar el sentido de la Historia?

El curso posterior de los acontecimientos demuestra que muchas de las esperanzas de Monserrat se han cumplido, al menos parcialmente. Es decir, la Historia ha realizado algo de aquello por lo cual luchaba. Y es por esa cuota de progreso verificada, que el espectador, consciente o no del verdadero móvil, está con Monserrat, al igual que la india y por el contrario del cura.

En nuestros días, Arthur Koestler ha expuesto magistralmente el drama interior del hombre que en cualquier momento puede ser “liquidado” en interés de la ingrata revolución.

Muchos —como en Monserrat— han caído víctimas del celo infinito que ponen en su oficio los actuales guardianes de la revolución, cuyo imperturbable desprecio por la persona humana ha sido tan suficientemente demostrado.

Aquí nos falta —es claro— la distancia de los años que favorece al público de Monserrat.

Porque si es cierto lo que, entre muchos otros, afirma Lecomte du Noüy, “el hombre físico representa el final de una larga evolución que se ha iniciado con las primeras manifestaciones de la vida sobre la tierra”.

La evolución de estas formas vivas se ha verificado a través de más o menos mil millones de años, mientras que, en el mejor de los casos, la aparición de este hombre sólo data de un millón de años aproximadamente.

Pero el hombre, mirado en aquello que tiene de específicamente humano, aparece mucho más tarde. Con el espíritu insuflado por Dios al cuerpo material, nace la Historia.

Y el sentido de la Historia es la admirable y difícil marcha del espíritu consciente hacia la superación de un mundo cuya aplastante herencia material se remonta a centenares de millones de años.

¡Ocho o diez mil años de vida civilizada! ¡Estamos viviendo recién la juventud del espíritu!

La violencia y los conflictos propios del mundo animal pesan sobre el hombre y han conseguido mil veces imponerle su ley.

Lo material extiende aún su yugo poderoso y la conciencia humana bien lo sabe. La Naturaleza y las formas sociales mantienen todavía la inmensa mayoría en una precariedad de vida, que hace imposible el despliegue del espíritu.

Sin embargo, el hombre intuye ya que un futuro tan vasto como el pasado pero infinitamente más valioso ha de ser conquistado por él en esta tierra. Es el porvenir del espíritu.

Si la Providencia Divina —sin la cual la raíz más profunda de todo devenir se hace ininteligible— introdujo en el mundo la conciencia humana, fué en algún aspecto para que ésta percibiera el sentido de la Historia y contribuyera a él.

Y esta contribución es una forma superior de la virtud, en el hombre. Monserrat la poseía.

EN TORNO A LA DEMOCRACIA HUMANISTA

Por Ismael BUSTOS

*“O voi ch'avete l'intelletti sani
mirate la dottrina che s'asconde
sotto'l velame de li versi strani”.*

Cuando se escribe un libro se está dispuesto —y expuesto— a recibir toda clase de críticas. Naturalmente, no todas fáciles de aceptar. Hay, en efecto, algunas difícilmente aceptables, por no decir imposibles de aceptar, *verbi gratia*, los elogios inmerecidos y tanto más cuando estos se deben al hecho de no haber interpretado de una manera cabal las ideas sobre que recae la crítica.

Tal es lo que nos ha sucedido, —en parte, por lo menos— con dos críticos nuestros, los señores Jaime Castillo y Misael Correa, el primero en un artículo publicado en esta misma Revista y el segundo en dos artículos publicados sucesivamente en “El Diario Ilustrado”.

El hacernos cargo de ambas críticas nos es particularmente grato, por cuanto estimamos que son ellas de las más oportunas que podíamos recibir.

Para el sólo efecto de dejar abierta la discusión y sin ánimo de insinuar que los señores Castillo y Correa militen en las mismas corrientes filosóficas, queremos manifestar que sus críticas a nuestras posiciones se reducen, en el fondo, a dos; una de ellas *in actu*, abierta y expresa, la otra *in potentia*, tácita y latente.

La primera de esas críticas es simple: falta de originalidad. La segunda no ha sido formulada como una objeción sino como un elogio: consiste en decir a poco más o menos, que nuestra obra “Democracia y Humanismo” es un buen tratado de social-cristianismo. Procuraremos explicarnos.

* * *

Escribe el señor Castillo: “La ausencia de un punto de vista original ha impedido a Bustos avanzar más allá que los autores cuyo pensamiento sigue... etc.”. El señor Correa, por su parte, nos advierte que el libro de marras, “no es sino una exposición razonada de las opiniones filosóficas de... Jacques Maritain... etc.”.

¿Qué decir de esta primera crítica? Recordamos, al respecto, las admonitorias palabras de Suhard: “Vuestra tarea no es la de la de seguir, sino la de proceder; no os basta ser discípulos, debéis convertirlos en maestros; no basta ya imitar, es necesario inventar”.

Digamos que, en el fondo, la crítica es aceptable. No hemos pre

cedido, no somos maestros, no hemos inventado —por lo menos—, en su mayor parte. Pero, debemos hacer una advertencia, a saber: la aceptación de esta primera crítica no debe interpretarse como aceptación tácita de otras anexas. Así, por ejemplo, no creemos ser propiamente expositores o seguidores de M. Maritain; primero, porque creemos que nadie puede exponer mejor su pensamiento que el propio autor, y segundo, porque —con el debido respeto a tan gran pensador— creemos disentir en algunos aspectos de las posiciones maritainianas.

* * *

En su segunda crítica, tanto el Sr. Castillo como el Sr. Correa observan una actitud singular. Han querido elogiarnos imputando a nuestro pensamiento un punto de vista formal que no nos pertenece ni nos es propio. Han querido ver en nuestra obra “Democracia y Humanismo” un tratado de social-cristianismo. Con ello, atribuyen a nuestras posiciones filosóficas un punto de vista teológico, confesional o dogmático que ellas no tienen.

Desde luego, lamentamos profundamente no habernos dado a entender suficientemente en nuestro libro sobre este importantísimo asunto, a pesar de tocarlo en varias oportunidades y de haberle dedicado una Introducción de dieciséis páginas en aquél.

En efecto, tanto el Sr. Castillo como el Sr. Correa han creído equivocadamente que, al escribir sobre la democracia humanista, nos hemos colocado en un punto de vista social-cristiano. “La literatura social-cristiana comienza a crecer”, reflexiona el Sr. Castillo, iniciando su crítica. El Sr. Correa, por su parte, habla de “las doctrinas del maritainismo que informan el social-cristianismo”, de “el humanismo integral a que tiende lo que aquí llamamos social-cristianismo, que sigue las ideas de Maritain, como la Falange”, de “socialismo cristiano”, etc.; pero, por sobre estas confusiones, se advierte que también el Sr. Correa ve en nuestro libro un tratado social-cristiano.

Pues bien, debemos afirmar categóricamente que el punto de vista que hemos asumido en nuestra obra “Democracia y Humanismo” no es el punto de vista teológico, confesional o dogmático que implica de una manera radical la doctrina social-cristiana. Por el contrario, nuestro punto de vista, aunque subalternado al saber teológico, es un punto de vista formalmente político y filosófico. Concebimos la democracia humanista vinculada a un punto de vista formal político y filosófico y como una filosofía política, no como una teología política ni como una visión sub specie aeternitatis de la Política. Tal es nuestra posición inicial.

* * *

¿Cuál es, en concreto, el punto de vista formal que implica substancialmente la doctrina social-cristiana?

“Advirtamos, desde luego, que existe respecto de la esencia del Social-cristianismo una uniformidad que falta en absoluto con respecto al contenido del mismo. En efecto, nadie discute que dicha doctrina social es la que sustenta la Iglesia Católica, por lo cual se la llama también doctrina Social-católica o doctrina social de la Iglesia”. Así nos hemos expresado en la Introducción a nuestro libro (pág. 15), y agregábamos en otro lugar. “No se necesita mayor acopio de antecedentes ni tampoco forzar la imaginación para consentir en que el social-cristianismo o doctrina social de la Iglesia constituye un típico saber teológico respecto de lo político. En efecto, dicha doctrina implica una visión sub specie aeternitatis del orden social, esto es, desde el ángulo supremo de Dios y en cuanto lo temporal es un simple medio respecto del fin último y sobrenatural de la persona” (pág. 17). Y luego decíamos: “Se observará que, dentro del orden de ideas que venimos desarrollando, las llamadas encíclicas sociales de la Iglesia Católica, —en que está contenida de una manera sistemática y actualizada la doctrina social-cristiana,— constituyen un ejemplo típico de aplicación del saber teológico a la política. Un somero análisis de dichas encíclicas bastará para confirmarnos en tal convicción”.

Esclarecidos estos puntos, resumíamos y concretábamos nuestra posición en los términos siguientes: “Ahora bien, creemos haber insistido suficientemente en que tal punto de vista no es en absoluto el que hemos adoptado en nuestro estudio. Hemos adoptado en él, por el contrario, un punto de vista, no divino sino humano, el punto de vista de la ordenación del hombre a la vida temporal y cívica en cuanto el fin último de un orden dado, el *convictum politicus* y no el *bonum spiritualis*. De consiguiente, no puede verse en el presente, un ensayo propiamente social-cristiano, es decir, verificado desde el punto de vista y a través de la luz propia de la doctrina social-cristiana” (pág. 19).

¿Cuál es, en cambio, el punto de vista de la democracia humanista de que hablamos nosotros?

Un punto de vista político y filosófico. Político, en cuanto considera su objeto desde el punto de vista de la ordenación del hombre a la vida social-temporal y en cuanto prosigue desde este punto de vista el análisis de la cuestión propuesta. Filosófico, en cuanto la Filosofía, como saber natural, se contrapone o contradistingue de la Teología, que es un saber sobrenatural; y en cuanto sólo la Filosofía, en el orden del saber natural, es capaz de darnos las razones últimas de las cosas.

“Tocamos, pues, problemas o cuestiones sobre los cuales, —decíamos en la pág. 11,— cabe un pronunciamiento tanto por parte de la Teología como por parte de la Filosofía. Trabajamos, si se quiere, en un terreno, —el campo del obrar humano, el universo del hombre, de su libertad y de su cultura,— al cual tienen acceso tanto el saber teológico

como el saber filosófico. Pues bien, este terreno y estos problemas en él comprendidos los enfocamos nosotros, no con la luz teológica, sino con la luz de la razón natural suficientemente completada". Y concluimos: "Quien no acepte estas posiciones generales no podrá aceptar de una manera racional y de buena fe el contenido de las páginas que siguen" (pág. 12).

¿Y cuál es la razón por la cual hemos creído conveniente insistir una y otra vez en la distinción ideológica entre la Política pura y simple y la Política teológica y entre el Social-cristianismo y la Democracia humanista?

Por las múltiples implicaciones, tanto de orden teórico como de orden práctico, que esa distinción lleva y comporta dentro de sí. "En efecto, creemos que sin una suficiente distinción entre la Política teológica y la Política pura y simple se hace imposible resolver los trascendentales problemas que se plantean en torno a las relaciones entre lo espiritual y lo temporal, —para emplear una expresión en boga que, aunque dicho sea de paso, no es totalmente exacta" (pág. 14). Y en otro lugar aludíamos a "un ejemplo concreto que muestra la importancia de distinguir suficientemente entre una visión teológica y una visión filosófica o política de lo temporal" (pág. 88), entendiendo por tal el concepto maritainiano de "Estado laico" (pág. 155 y siguientes).

Por todas las razones apuntadas hemos dicho en la obra de marras —y lo mantenemos acá— que la primera característica de una Democracia humanista consiste en que ella procede, no de la Teología y sí de una Filosofía cristiana, es decir, de la Filosofía subalternada o infrapuesta a la Teología; implicando, por lo tanto, no una concepción teológica de lo político, y sí una concepción política pura y simple (págs. 141, 142, 148 y 149). Así, pues, cuanto afirmamos o negamos respecto de las condiciones teóricas o prácticas, ideales o concretas de la Democracia humanista, debe entenderse en función de esta característica esencial y especificativa. No hacerlo importaría —quién sabe o no— desconocer en su substancia nuestras posiciones.

* * *

"Amicus Plato, sed magis amica veritas".

Nuestros críticos han querido ser en extremo gentiles con nosotros. Han llegado a decir que nuestra obra es "el más apreciable estudio filosófico, el más denso de doctrina", que "podrá proporcionar muchos beneficios", etc. Los agradecemos, pero no podemos aceptar esos elogios. No son para nosotros. No hemos escrito de eso que dicen nuestros críticos. Esa es la verdad.

NOTAS DE DOCTRINA MILITANTE

UN DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE EL MOVIMIENTO GREMIAL

Se ha desarrollado en el Parlamento, no hace aún muchos días, un debate sobre la significación política del movimiento gremial a que hoy en día asiste el país. Queremos detenernos brevemente en el asunto, por cuanto a nuestro juicio la posición adoptada por cada uno de los adversarios (el senador falangista Eduardo Frei y el senador tradicionalista Sergio Fernández) resulta un ejemplo típico de los respectivos puntos de vista y del pensamiento de los partidos en que ellos actúan.

Dos ideas fundamentales presiden el razonamiento del señor Frei. La primera es la de que se hace preciso reconocer la fuerza social implicada en el movimiento gremial. A juicio del señor Frei, el proceso mediante el cual esa fuerza ha llegado a constituirse está confirmado por la historia de las ideas y la historia de la evolución social.

Es un hecho que tenía que venir; aún más, es conveniente que ocurra. De allí que los contactos y los acuerdos entre los partidos y los gremios ha de mirarse como expresión de una nueva necesidad social. La tarea, para aquellos, consiste en reconocer el movimiento y ligarlo a la estructura política. Tal cosa se hace a través de los hombres que dirigen los partidos y los gremios. Y, en consecuencia, el acuerdo entre unos y otros es el resultado de una política previsoras y realista.

La otra idea fundamental del señor Frei es la de que los gremios, en su proceso de organización y de lucha, han de ser encauzados. En otras palabras, el senador falangista rechaza lo que pudiéramos llamar la imposición gremial sobre la organización política, del mismo modo que había rechazado la imposición política sobre los gremios. Si éstos últimos, por ambición o prepotencia, pierden el sentido del ritmo social y exigen lo que el país en un momento dado no puede concederles, corren el riesgo de provocar una perturbación que fatalmente se dará vuelta contra ellos. La necesidad de reposo de la masa social tenderá a buscar, en la dictadura anti-gremial una protección contra la inestabilidad.

La tesis del señor Frei viene a ser así una advertencia para los políticos cuyo pensamiento se inclina demasiado a no comprender las necesidades profundas en que se apoyan estas fuerzas y también una advertencia para los dirigentes gremiales que sean incapaces de comprender el sentido y la velocidad de su propio movimiento.

De allí también que el señor Frei condene la crítica alarmista que suele ser la reacción natural de las fuerzas antisociales ante hechos semejantes y reduzca a su límite verdadero los peligros reales o supuestos que muchos ven.

Se trata pues de verificar un esfuerzo constante para adecuar las estructuras legales a las exigencias económico-sociales y el de mantener definitivamente el propósito de ver claro en el proceso de ajustes y rupturas que constituye la esencia del movimiento histórico.

Se comprende perfectamente que la tesis del señor Frei importa una determinada interpretación de los sucesos ocurridos en febrero del presente año, en torno a los cuales se plantearon los comentarios que el senador falangista recoge. Dichos sucesos son englobados, sin embargo, en un proceso general que proporciona una explicación adecuada de ellos.

Es en este punto donde se coloca la tesis del señor Fernández. Para él, algunas de las ideas del señor Frei son aceptables (no precisa cuáles), pero discrepa en la apreciación de los hechos. Los sucesos de febrero tienen, a su juicio, el significado de un acto "sedicioso", de un "golpe revolucionario", obedecieron a un "plan" que conduce al país por una "pendiente vertical" y que tenía por objeto "derribar al Gobierno".

Esta interpretación lo lleva, pues, de inmediato a formular solamente los juicios condenatorios del caso. El movimiento gremial deja de ser un hecho que es preciso reconocer, los acuerdos de los dirigentes políticos y los dirigentes gremiales sólo muestran la sumisión de los primeros.

En tales condiciones cierto sentido del honor político se desarrolla, que consiste prácticamente en usar la fuerza contra los autores de la "sedición".

Ahora bien, si se comparan ambos planteamientos, creemos que algunas conclusiones se imponen. Podríamos decir que los juicios del señor Frei son eminentemente positivos. Ellos esbozan un problema real —que subsistirá aún por mucho tiempo— y ante el cual es preciso orientar a la opinión pública. Más que una posición política, lo que el señor Frei ha hecho es proponer un criterio sociológico, esto es, en vez de interpretar y calificar, se limita a explicar una serie de acontecimientos, sugiriendo un modo de conducta ante ellos.

El señor Fernández plantea, en cambio, un criterio político inmediato. Niega la existencia del hecho y, por lo tanto, del problema. No deduce de lo sucedido en febrero ninguna visión sobre el desarrollo social. Se limita a contrastar un criterio jurídico pero con un acontecimiento y resuelve el conflicto sobre la base de una aplicación es-

peculativa de los conceptos de autoridad y disciplina, de un modo en último término policial.

Esta actitud, teóricamente dudosa, se traduce de inmediato en errores de hecho. Efectivamente, el "golpe revolucionario" de los gremios no alteró en nada la marcha legal de la República. La terminología del señor Fernández resulta exagerada para cualquiera que observe la vida del país. Ninguna conexión existe entre los sucesos de febrero y un supuesto plan "revolucionario". Es evidente que el señor Fernández ha sido traicionado por una clara tendencia a pronunciar palabras escandalizadas ante el hecho más nimio. En este sentido, las prevenciones del señor Frei resultan clarividentes. Tanto es así que el senador tradicionalista ha debido interpretar como intención de "derribar al Gobierno" lo que no fué más que el resultado político indirecto del movimiento, esto es, el reemplazo del Gabinete anterior por el presente. Pero, sin duda, el hecho de que el Presidente de la República se convenza de que su plataforma gubernativa es inoperante y que, en consecuencia, debe de llamar a sus adversarios de ayer, no significa derribar al Gobierno.

Del mismo modo, el señor Fernández hubo de permanecer en silencio ante algunas cuestiones de hecho. Planteado por su contendor el punto de que ciertos sectores suelen reaccionar de manera distinta según si son los gremios de empleados o los productores los que amenazan o insultan, se limitó a repetir las palabras del señor Frei y, sin negar las conclusiones de éste dejó constancia con excesiva suavidad de que eran "injustamente duras".

En verdad, el punto merecía que el señor Fernández hubiese explicado un poco más en qué consistió la injusticia y la dureza. Entretanto subsiste la afirmación de que las amenazas y los actos institucionales alarman a ciertos grupos sólo si provienen de los gremios o de los sindicatos; cuando, en cambio, vienen de las Asociaciones de Productores no despiertan ninguna resistencia.

J. C. V.

PANORAMA NACIONAL

ELECCIONES EXTRAORDINARIAS DE PARLAMENTARIOS.—

El fallecimiento del diputado liberal por Antofagasta, don Carlos Souper, y del senador radical por Ñuble, Concepción y Arauco, don Alberto Moller, y la ausencia del país, por más de un año, sin la autorización requerida del senador comunista Pablo Neruda, fueron causa de que se llamara a elecciones extraordinarias para llenar las vacantes así producidas.

En el primer momento se creyó, como era natural, que estas elecciones servirían para medir las fuerzas de los partidos que forman la actual combinación ministerial y las de los que integran la oposición, y que los candidatos representarían a unas y otras coaliciones de partidos.

Sin embargo, las cosas ocurrieron de muy diferente manera, desarrollándose una curiosa evolución del panorama electoral, en cierta medida confusa y que hasta podría parecer ilógica.

Las tentativas de algunos partidos integrantes del Gobierno para que todos éstos afrontaran unidos estas elecciones fracasaron lamentablemente, debido a la actitud prepotente e intransigente del Partido Radical, que se negó a reconocer los legítimos derechos de sus aliados.

En efecto, la Falange Nacional pretendía, y con evidente justicia, el cargo de senador vacante por Tarapacá y Antofagasta, fundada en que sus fuerzas en esas provincias, como acababa de demostrar en las recientes elecciones municipales, alcanzaban fácilmente a elegir un senador en cualquiera elección ordinaria. El Partido Radical, en cambio, que ya tenía dos senadores por esas provincias, en caso alguno podía pretender elegir un tercero en elecciones ordinarias. Los demás partidos de Gobierno carecían de fuerzas en esa zona, de manera que no albergaban aspiraciones serias a la senaturía y diputación vacantes en esas provincias.

El derecho del Partido Radical a elegir el reemplazante del senador de sus filas fallecido, no era discutido por ninguno de los partidos de Gobierno.

Fundada en la evidente justicia y legitimidad de su derecho a aspirar a la senaturía por Tarapacá y Antofagasta, la Falange Nacional levantó la candidatura de Radomiro Tomic, uno de sus más destacados dirigentes.

El Partido Radical, por su parte, presentó como candidato a la misma senaturía a don Luis Alberto Cuevas.

Los grupos de oposición, que comprendían desde la derecha —liberales y conservadores tradicionalistas— hasta la extrema izquierda —partidos que forman la llamada Izquierda Democrática, controlada por el Partido Comunista— levantaron la candidatura de don Santiago Labarca,

ex-militante del Partido Radical. A esta candidatura adherían partidos como el Socialista Popular y Agrario-Laborista, que no forman propiamente parte de la oposición.

En el Sur postulaban a la vacante senatorial por Nuble, Concepción y Arauco, el candidato radical, don Fernando Maira, y el candidato liberal, don Osvaldo de Castro.

Agotados las posibilidades de un entendimiento entre los partidos de Gobierno, sobre la base del respeto de los legítimos derechos de cada uno, la Falange Nacional acordó mantener la candidatura de don Radomiro Tomić, y, además, presentar candidatos a los otros cargos vacantes y proclamó como tales a don Carlos Riutort, a la senaturía por Nuble, Concepción y Arauco, y a don Manuel Francisco Sánchez, a la diputación por Antofagasta. La actitud de este partido era la lógica y natural consecuencia de la negativa radical a reconocer y respetar sus derechos, en la forma que ha sido costumbre hacerlo entre partidos que comparten responsabilidades de Gobierno. Por lo mismo, la Falange Nacional se sintió en libertad para llegar a acuerdos electorales con grupos políticos que no formaban parte de la combinación ministerial.

Pocos días antes de la fecha fijada para las elecciones, la Falange Nacional y el Partido Liberal llegaron a un acuerdo por el cual aquélla retiraba las candidaturas de don Carlos Riutort y don Manuel Francisco Sánchez, y los liberales retiraban la candidatura de don Santiago Labarca y apoyaban la de Radomiro Tomić.

UN TRIUNFO FALANGISTA.—

En vísperas de las elecciones se daba por descontado el triunfo de los candidatos radicales.

Producido el retiro de la mayor parte de los candidatos presentados a estas elecciones, la lucha quedó circunscrita respecto de la senaturía por Tarapacá y Antofagasta, a Radomiro Tomić, falangista, y a Luis Alberto Cuevas, radical. La diputación por Antofagasta la disputaban don Arturo Estay, liberal, y don Lisandro Cruz, socialista de Chile. En cuanto a la senaturía por el Sur, sólo optaban a ella don Osvaldo de Castro, liberal, y don Fernando Maira, radical.

La enorme influencia del Partido Radical, el que, además de contar con fuerzas poderosísimas, utilizaba sin escrúpulos de la autoridad de la administración pública y del poder corruptor del dinero, era causa de que se creyera punto menos que imposible la derrota de sus candidatos.

Pero en esta elección, particularísimamente en lo que respecta a la senaturía del Norte, habían de entrar a jugar otros factores que no fueron debidamente apreciados por los políticos. El Partido Radical, con un muy poco político desprecio por las apariencias, había elegido como candidatos a dos hombres que, con o sin razón, aparecían como carentes de

las condiciones de prestigio personal que deben llenar los aspirantes a cargos como el de Senador de la República.

El candidato falangista a senador por el Norte, en cambio, llegaba a la elección precedido de un enorme prestigio, limpiamente ganado a través de su vida política. Diputado por dos períodos, representando a la provincia de Tarapacá, Radomiro Tomie aparecía, con justicia, como uno de los más positivos valores morales e intelectuales del país. Su labor como parlamentario en la Cámara de Diputados y como dirigente de la Falange Nacional, le había hecho vastamente conocido en todo el país y particularmente en las provincias del norte, de las que es oriundo.

Estas circunstancias, unidas al hecho de que la Falange Nacional contaba en el Norte con fuerzas poderosas, disciplinadas y con gran espíritu de lucha, además de la leal y eficaz cooperación de los partidos con que había pactado, habían de justificar las esperanzas falangistas de alcanzar el triunfo.

En efecto, realizadas las elecciones éstas arrojaron el sorprendente resultado que todo el país conoce. Radomiro Tomie triunfó y por amplísimo margen sobre su contendor, obteniendo cerca de 16.000 votos contra poco más de 10.000 logrados por éste último.

Este triunfo de la Falange Nacional, que da a este partido su segundo senador, fué recibido con general entusiasmo en el país entero. Para el hombre de la calle aparecía como una alentadora victoria de los valores morales, a la que con razón atribuían especial importancia en estos momentos en que ellos aparecen constantemente olvidados o postergados.

Para la Falange Nacional puede ser motivo de justa satisfacción el que un movimiento de renovación espiritual y moral se haya expresado con tanta claridad a través de un candidato presentado por ella. Es un honor a la par que una responsabilidad tanto para el candidato triunfante como para el partido a que pertenece.

Los restantes resultados de la elección significaron el triunfo en Antofagasta del candidato a diputado socialista de Chile, don Lisandro Cruz, quien se impuso por estrechísimo margen sobre el candidato liberal. En la zona sur, el candidato radical, que debería haber obtenido una ventaja de más de 10.000 votos sobre su contendor don Osvaldo de Castro, sólo logró derrotar a éste por 3.000 votos.

Es evidente que los resultados de estas elecciones extraordinarias deben ser causa de meditación para el Partido Radical. Significan una clara y evidente advertencia de que la opinión pública no acepta el espíritu de prepotencia que anima a algunos de sus dirigentes y dejan de manifiesto el evidente repudio del electorado a algunos de ellos que se han caracterizado precisamente por su tortuosa línea política. Es indudable que estas elecciones han de tener repercusiones internas en el ra-

dicalismo y que pueden incluso llevar a un cambio de directiva en el Partido Radical.

EL PROYECTO ECONOMICO Y LA AGITACION SOCIAL.—

Probablemente la más pesada herencia dejada por el Gobierno de Concentración Nacional, caído en Febrero de este año, a la combinación política que hoy gobierna el país, la constituyan los tremendos problemas sociales creados por el alza enorme del costo de la vida de los últimos dos años. El pueblo de Chile ha sido llevado a la angustia y desesperación por la tremenda magnitud de los problemas económicos que deba afrontar para subsistir.

A remediar en parte los problemas de esta naturaleza, tiende el proyecto de ley presentado por el Gobierno, al que se ha llamado proyecto económico, por el que fundamentalmente se aumentan las remuneraciones de los funcionarios de la administración pública a fin de ajustarlas a las necesidades de la hora actual.

Este proyecto presentado por el Ministro de Hacienda don Carlos Vial, presenta la particularidad de que, por primera vez en la historia de nuestro país, los impuestos con que se financia esta ley gravan no a la masa consumidora sino a los poseedores de la riqueza.

Esta ha sido la única y verdadera razón de la enconada oposición que dicho proyecto de ley ha despertado en los partidos políticos de derecha. Lo demuestra evidentemente el hecho de que la anterior combinación de Gobierno proyectaba también aumentar los sueldos de la administración pública, con la única diferencia de que financiaba los gastos que ello implicaba en forma distinta.

Aprobado ya el proyecto de ley en la Cámara de Diputados, se encuentra pendiente su discusión en el Senado, donde su aprobación parece incierta hasta ahora, a causa de la falta de una mayoría clara de los partidos de Gobierno y de la resistencia a votarlo favorablemente de la oposición.

Esta incertidumbre respecto de la aprobación de este proyecto de ley, ha sido causa naturalmente de intensa preocupación para los empleados del país, los que han apoyado resueltamente al Ministro de Hacienda en su gestión, particularmente en lo que se refiere al proyecto en referencia. La agitación gremial ha sido por ello muy intensa y sus dirigentes han desplegado una enorme actividad, desarrollando un vasto programa de concentraciones y reuniones tendientes a crear un clima de apoyo a sus reivindicaciones.

Los gremios de empleados han adquirido últimamente una fuerza extraordinaria en nuestro país, alcanzando un grado de desarrollo realmente sorprendente, el cual ha sido observado con satisfacción por cuantos ven en tales entidades una expresión natural y necesaria de las fuerzas

del trabajo, que pugnan por ocupar el lugar que les corresponde en la organización del mundo.

Los adversarios de la organización gremial encontraron, naturalmente, nueva ocasión en esta oportunidad para atacar e impugnar la actuación de los empleados organizados y su intervención en los problemas que les afectan. Desgraciadamente, las directivas gremiales no actuaron en todo momento con la serenidad y seriedad que requerían las circunstancias, dejándose llevar a extremos altamente censurables al amenazar con trastocar el orden institucional del país si no se contemplaban sus aspiraciones por el Poder Legislativo. Actitudes como éstas, a más de ser inaceptables, sólo sirven para desprestigiar a las organizaciones gremiales y suministran magníficos argumentos a sus detractores.

Es de esperar que actuaciones como éstas no se repetirán y que, compenetrándose debidamente de la naturaleza de su papel, las directivas gremiales no caigan en estos excesos. Los gremios están llamados a desempeñar un rol fundamental y decisivo en la vida pública de los países, pero para ello es preciso que sepan ajustar su actuación a las verdaderas finalidades de estas organizaciones, sin dejarse arrastrar a actitudes que, a la larga, sólo conducirían a su propia destrucción.

Es indudable que las reacciones hasta violentas de cuantos viven de sueldos y salarios, se comprenden dadas la difícil situación económica que afrontan como consecuencia del enorme alza de la vida, pero éstas no pueden en caso alguno llegar a justificar que se pretenda incluso hasta obtener un transtorno institucional, particularmente si se considera que el actual Gobierno ha tratado y trata con seriedad de afrontar y resolver los agudos problemas económicos y sociales del país.

Cabe esperar y con fundada razón, que la proverbial cordura y respeto a la ley, tradicionales en la democracia chilena, permitirán que todos estos problemas sean resueltos en forma normal y sin alteraciones de nuestra vida democrática. Las personas que hoy gobiernan el país, particularmente, los pertenecientes a partidos de inspiración cristiana, deben ser para los trabajadores y para el país en general, garantía seria y suficiente de que sus legítimas aspiraciones, como asimismo en general todos los problemas que afronta Chile, serán considerados y resueltos en un plano de justicia y libertad, dentro del régimen democrático.

El Gobierno y el país viven horas difíciles, las que sólo podrán ser salvadas si todos, gobernantes y gobernados, partidos políticos, y gremios y sindicatos, saben hacerse cargo de las responsabilidades y deberes que a cada cual corresponden en circunstancias como las actuales.

PANORAMA INTERNACIONAL

EL "POOL" EUROPEO DEL CARBÓN Y DEL ACERO.—

Aun cuando la proposición del Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, señor Schuman, de formar un "pool" europeo del carbón y del acero, no mereció los honores de un comentario especial en el comunicado final de la reunión que los "Tres Grandes" tuvieron en el curso de Mayo último en Londres, es indudable que élla ha constituido el proyecto práctico más interesante para lograr esa Unión que todos los pueblos de la vieja Europa miran como su única tabla de salvación.

El silencio de los "Tres" respecto a un proyecto presentado por uno de ellos, no significa, necesario es decirlo, un desinterés por el asunto. Su razón de ser es de carácter meramente procesal. La reunión de Londres, en la cual se conversó de todos los problemas importantes que afectan al mundo, tenía una agenda precisa (relaciones con la Unión Soviética, problemas de Alemania y del Sud-Este Asiático, organización militar de Europa Occidental) y en ella no tenía cabida una proposición de carácter más local, por interesante que ella fuese. Y como los anglo-sajones son, en materia internacional por lo menos, apegados a los formalismos procesales, estimaron prudente no consignar opinión oficial respecto a un tema fuera de programa. Además, el Foreign Office no quería decir lo que pensaba todavía respecto al proyecto de "pool". Sabido es que los diplomáticos ingleses deben, por regla y tradición, aparentar una total ignorancia acerca de todo aquello que no han estudiado debidamente y esa fama de "tardos en comprender" que ellos mismos se han dado, muy injustamente por lo demás, le ha servido en múltiples ocasiones a Gran Bretaña para torpedear las iniciativas ajenas. Como lo veremos enseguida, Londres fué sorprendido por el "plan" Schuman. Por lo tanto, según la buena lógica británica, había que postergar cualquier pronunciamiento precipitado a su respecto.

Como la iniciativa del señor Schuman será objeto de ulteriores conversaciones diplomáticas, creemos conveniente hacer una síntesis de ella para los lectores de "Política y Espíritu" e indicar, asimismo, cuáles son los motivos reales que la impulsaron y sus posibilidades de realización en un futuro cercano.

EL PROYECTO SCHUMAN.—

La iniciativa del señor Schuman parece, desde luego, haber recibido injustamente el pomposo título de "proyecto". En realidad, se trata de una "idea", que no tiene la forma diplomática de proposición y que carece de todos los detalles necesarios que permitirían otorgarle el carácter de un plan bien formulado. Es una simple idea, una especie de

sondeo general que, según sean sus resultados, puede tomar más tarde los contornos de un proyecto propiamente tal. Partiendo de la base de que el problema de la unificación de Europa, común desiderata de los pueblos continentales (por lo tanto, con excepción de Gran Bretaña que sigue siendo una isla) está íntimamente ligado al término de la tradicional enemistad franco-alemana, el Jefe del Quai d'Orsay propone la creación de un cartel formado, no por empresas particulares, sino por los Estados francés y alemán, previéndose la adhesión posterior de otros países. Siguiendo su razonamiento, el señor Schuman ha pensado que si hay que unir a Francia y Alemania, esta unión debe iniciarse justamente entre dos industrias, como la del acero y la del carbón, que han sido generalmente utilizadas para dividir a los pueblos.

Si la idea tomara cuerpo, se habría demostrado que existen posibilidades prácticas de realizar la unión europea. En efecto, el "pool" franco-alemán del carbón y del acero sería el núcleo al cual se agregarían más tarde las industrias similares de otros países. Este inmenso bloque económico llevaría a la unión continental en forma mucho más decisiva y más rápida que todas las argucias jurídicas y teóricas, carentes de consistencia real. Si la idea lograra cristalizarse, se habría hecho un paso decisivo hacia la meta común por caminos más prácticos que los que pretende seguir, por ejemplo, la Comisión Intereuropea con sede en Estrasburgo.

Sin entrar en mayores detalles, la iniciativa francesa propone que el conjunto de la producción de carbón y de acero de Francia y de Alemania (y eventualmente de otros países), sea colocada a disposición de una Alta Autoridad, compuesta por "personalidades independientes designadas de común acuerdo". La misión de esta Alta Autoridad será la de asegurar en el más breve plazo posible la modernización de la producción, la de efectuar la entrega en idénticas condiciones de carbón y de acero a los mercados de los países adherentes, la de propender al desarrollo de la exportación común hacia los demás países y la de unificar, por fin, las condiciones de vida de la mano de obra de estas industrias.

Para realizar estos objetivos, y en vista de la diferencia de condiciones en que se producen el carbón y el acero en los diferentes países, el documento francés prevé la institución de un mecanismo de perecuación de precios y la creación de un fondo de reconversión destinado a la racionalización de la producción. Prevé, asimismo, la supresión de los derechos aduaneros entre los países adherentes y de todas las tarifas de transporte diferenciales para la circulación del carbón y del acero.

El documento francés insiste —y ello está muy de acuerdo con la posición doctrinaria de sus dos autores (el autor político es el señor Schuman, dirigente del Movimiento Republicano Popular, y el autor técnico es el señor Monnet, socialista)— en que lo que se busca es algo entera-

mente opuesto a un cartel privado, el cual hace la repartición y la explotación de los mercados nacionales mediante prácticas restrictivas y con miras al mantenimiento de una política de altas utilidades.

PREVIENDO EL FUTURO

¿Cuáles fueron los motivos reales que indujeron al hábil político que es el señor Schuman a presentar, en forma por demás sorpresiva, una sugestión de tanta trascendencia y a conservarla secreta hasta el último momento, es decir, hasta que la consultara personalmente con el Secretario de Estado, Mr. Acheson, durante su viaje a París? Aunque haya existido, en el fondo, un deseo de contribuir a la unión europea sobre una base práctica, parece que también influyeron en su ánimo, y no en forma esporádica, motivos de orden económico, de orden diplomático y, también, de orden de política interna.

En primer lugar hubo indiscutiblemente un importante factor económico en la base de la proposición francesa. Para comprenderlo, es indispensable recordar que la producción de carbón europeo, durante el año pasado, fué de 417 millones de toneladas, de las cuales corresponden 105 millones a Alemania Occidental y 51 millones a Francia (a los cuales habría que sumar los 14 millones producidos por el Territorio del Sarre, unido económicamente a Francia). Entretanto, la producción británica ascendió a 218 millones de toneladas, conservándose a la cabeza de la producción europea.

En lo que se refiere al acero, la producción total fué cercana a 42 millones de toneladas (poco más de la mitad de la norteamericana). Francia y Alemania Occidental produjeron 9 millones de toneladas cada uno y el Sarre 1,8 millones. La producción británica fué, entre tanto, de casi 16 millones de toneladas. Para comprender bien el sentido de la proposición Schuman, es necesario decir que, por primera vez después de la guerra, la producción alemana logró igualar a la francesa (y aún sobrepasarla ligeramente). Para el año en curso se calcula que esta superioridad alemana aumentará notablemente. En efecto, en el mes de Marzo último, debido a la ola de huelgas en la metalurgia francesa, la producción fué sólo de 475.000 toneladas, mientras que en Alemania alcanzaba el mismo mes la cifra record de 1.015.000 toneladas. Además, es oportuno recordar que las economías de ambos países son, en este ramo, complementarias. Mientras Francia importa carbón alemán para su producción de acero, Alemania está obligada a importar mineral de hierro francés. Por eso, en el pasado, las grandes empresas de ambos países, el "Comité des Forges" francés y los grandes productores alemanes del Rhur, acostumbraban asociarse mediante los famosos "combinats" de triste memoria.

¿Cuál es la situación actual del mercado del acero? Por el momento se está en pleno período de competencia, por cuanto aún se notan los efec-

tos de la demanda de post-guerra. Esta competencia aumentará en los años venideros ya que el tope fijado a la producción alemana no podrá ser mantenido por motivos diplomáticos y políticos. Esto no lo podían ignorar los técnicos franceses quienes, por otra parte, sabían lo que todos saben en Europa, a saber que la producción de acero en el mundo será en los años 1952 ó 1953 muy superior a las necesidades del consumo.

Ya se ha iniciado, aunque en forma apenas perceptible, la batalla de precios en el mercado internacional y han aparecido los primeros síntomas de la crisis del acero: tentativas de "dumping" y asomos de maltusianismo económico. La frase de un gran economista francés no debe haber estado alejada de la mente de los autores del plan. "La competencia, escribía Detoef, es un alcaloide. Si se la aplica a dosis moderada es un excitante. Pero si se la aplica a dosis fuertes es un veneno".

Ante la crisis del acero que se avecina, ante la batalla de precios que se ha iniciado ya, ante la terrible competencia que se anuncia como fatal entre los dos países vecinos, el señor Schuman ha preferido adelantarse a los acontecimientos y tratar, con distintos fines, y esta vez, entre los propios Estados, lo que antes habían estimado necesario hacer las empresas particulares. Sobre todo, el señor Schuman, al lanzar audazmente la idea del "pool", ha querido hacer un sondeo a los demás países europeos, especialmente a Alemania, y ver si se podía enfrentar a tiempo la crisis que se avecina en la cual, indudablemente, Francia tiene las mayores oportunidades de perder.

OFENSIVA DIPLOMATICA Y POLITICA FRANCESA

Parece que el segundo objetivo perseguido por Francia hubiera sido de carácter diplomático. En efecto, el señor Schuman no ignora que el problema de las relaciones franco-alemanas no está limitado a ambos países. Por el contrario, es más bien un problema franco-anglo-americano, en el cual Alemania no tiene, por el momento, derecho a voz. Es, en resumen, un problema que más que a París y a Bonn, separa a París de Washington y de Londres. Pues bien, en todas las últimas conversaciones y conferencias entre los "Tres Grandes", Francia había desempeñado, cada vez que se estudiaban los asuntos de Alemania, el papel poco airoso del que estira la cuerda, a sabiendas, de antemano, que va a tener que ceder en el último momento. Su actitud no fué nunca constructiva. Oponía sólo una inercia que ni siquiera tenía la fuerza suficiente para oponerse a los acontecimientos que deseaba detener. Desde la otra guerra, la de 1914-1918, Francia ha vivido temerosa de su potente vecino del Este. El recuerdo de tres invasiones en ochenta años, obliga a los franceses a mirar con viva preocupación todo lo que sucede allende el Rhin. Mientras para los demás occidentales el problema principal es Rusia, para Francia sigue siendo Alemania. De allí que los diplomáticos franceses tuvieran que adoptar, frente

a norteamericanos e ingleses, al discutir los problemas alemanes, una actitud que interpretase la ansiedad de sus conciudadanos. Pero cuando esta terquedad no va acompañada de la decisión de mantenerse, cuando sabe que va a ceder, se transforma en una pasividad que no concorda por cierto con la tradición del Quai d'Orsay.

El señor Schuman no quiso desempeñar en la última reunión de Londres el triste papel que había desempeñado anteriormente. La buena táctica, en el arte diplomático como en el militar, manda pasar bruscamente de la defensiva a la ofensiva, sin aviso previo y en forma de poner a los adversarios (norteamericanos e ingleses) ante un hecho nuevo.

Es lo que hizo el señor Schuman. Al lanzar la idea del "pool", al hacer una proposición concreta y efectista, logró trocar los papeles y conducir, sobre una base propia, las conversaciones respecto a Alemania. Además, había encontrado algo revolucionario, algo sensacional, sobre todo algo que tenía que seducir a uno de los posibles contendores, es decir Estados Unidos. Sabido es, en efecto, que Washington mira con simpatía muy especial todo lo que tienda a la unidad europea, no por puro altruismo, sino como una esperanza de que siquiera uniéndose los países del sector occidental del viejo continente dejen de pesar sobre las espaldas del contribuyente norteamericano que refunfuña cada día con más fuerza en contra de las cargas del Plan Marshall.

Contar con el apoyo de los Estados Unidos en el problema alemán y colocar a Gran Bretaña en la defensiva, devolviéndole así amigablemente la mano por sorpresivas actuaciones anteriores del Foreign Office, demostrar al mundo que Francia es capaz de un gran gesto de reconciliación, impedir que Alemania siguiera danzando sola la danza de la seducción, tantear el pensamiento del Gobierno de Bonn sobre las posibilidades reales de enfrentar en conjunto la crisis inminente del acero, tales parecen haber sido los objetivos diplomáticos del señor Schuman. Y hay que confesar que el hábil Canciller francés alcanzó pleno éxito.

Pero el señor Schuman tenía, indudablemente, en mente también algunos motivos de política interna. Sabido es el temor y la ansiedad que existen en Francia cuando se estudian las posibilidades de una nueva guerra, temor y ansiedad que han creado una verdadera "psicosis de miedo". El sólo hecho de que se celebrara en Londres una reunión que habría que tener, según se decía, por único objetivo la acentuación de la "guerra fría", atemorizaba a la opinión pública francesa. Por otra parte, en todos los círculos políticos y no políticos se oían críticas referentes a la inercia de la diplomacia francesa, a su falta de iniciativa, a su imprevisión, a su eterno inclinarse ante los demás. Y se comparaba a los dirigentes actuales del Quai d'Orsay no con Talleyrand o Delcassé, sino con hombres más recientes, con Poincaré, con Briand, con Barthou. Estas comparaciones, ocioso es decirlo, no eran en detrimento de éstos

últimos. Hombres como Daladier y Paul Reynaud, cuya responsabilidad en la derrota de Francia no ha sido todavía descartada por la Historia, eran los primeros en criticar esta inercia de la diplomacia francesa.

Con fines de política interna, era indispensable que en la reunión de los "Tres Grandes", el Gobierno francés adoptara una actitud destinada, a la vez, a apaciguar los temores de la opinión pública y a desvirtuar las críticas de "inmovilismo" de que era objeto no sólo por parte de la oposición, sino también por parte de todos los sectores de la vida nacional. El señor Schuman, político hábil, creyó con razón que la idea del "pool" respondía a ambas necesidades.

Su iniciativa significaba que Francia no iba a Londres a suscribir nuevos acuerdos militares que la condujesen a la guerra como por un plano inclinado; sino que, por el contrario, con una optimista visión del futuro, segura de que la guerra no era inminente, proponía un proyecto a largo plazo, destinado a unir a dos pueblos tradicionalmente hostiles. Al llevar a las deliberaciones de los "Tres" estas palabras de paz, el señor Schuman sabía que interpretaba el anhelo de todo su pueblo y que la popularidad del Gobierno se vería aumentada. Frente a la ola de inquietud que existe en Francia ante la posibilidad de que la "guerra fría" conduzca fatalmente a la "guerra caliente", el Gobierno tenía la obligación de atraer a la opinión pública hacia problemas más gratos y más optimistas, como es el de la unificación europea. Para producir el efecto, al igual que en el tratamiento de las enfermedades nerviosas, era necesario que se procediera por medio de un "shock" violento e imprevisto. De allí el carácter sorpresivo y sensacionalista de la proposición Schuman.

Lanzado, además, una idea generosa, cuyos entretelones y detalles son de difícil comprensión para el hombre de la calle, el Gobierno demostraba su capacidad para salir de un inmovilismo político tan criticado, demostrando, al propio tiempo, que Francia estaba en condiciones de seguir desempeñando un papel activo, y no ya únicamente pasivo, en la política internacional del mundo.

También en este aspecto de política interna, el señor Schuman obtuvo resultados plenamente satisfactorios. Salvo las voces aisladas de los comunistas (que acusan al señor Schuman, en nombre de la soberanía nacional, de querer traspasar la industria francesa a manos de los Krupp y de los Thyssen) y de algunos derechistas (que sostienen que la Francia victoriosa ofrece ahora a la Alemania vencida lo mismo que Hitler le hubiera impuesto en caso de haber triunfado), la opinión pública se ha dejado seducir por esta iniciativa generosa que le recuerda los buenos tiempos de la diplomacia francesa. Una buena orquestación de la prensa ha llegado a manifestar, pero sin convencer a nadie, que la diplomacia francesa está ahora en el centro de la actividad internacional.

Los únicos que han demostrado una reserva total frente al pro-

yecto, son las empresas francesas que rigen la producción del carbón y del acero. Igual reserva han demostrado sus colegas de allende el Rhin. Ambos parecen temer, y con razón, que si la iniciativa Schuman prosperara, las empresas serían nacionalizadas. Temen también, y con no menor razón, que la Alta Autoridad proyectada llegue a dictarles directivas en materia de precios o de producción. Esta intervención del Estado no puede ser bien mirada por las grandes empresas acostumbradas a dictarse su propia política.

* * *

En cuanto a la acogida internacional del plan, ha sido, en general magnífica. Sólo Gran Bretaña ha opuesto objeciones de principio. Todos los demás países productores de carbón y de acero se reunirán próximamente en París para tratar de dar un carácter más concreto a la iniciativa francesa. La ausencia de Gran Bretaña es de lamentar en vista de que, en ambas ramas de la producción europea, ocupa el primer lugar. No habrá unidad europea sin Inglaterra. Pero, puede realizarse sin ella el objetivo principal del plan, que es la unificación de las producciones franco-germanas.

Las reservas inglesas son, por lo demás, explicables. Por una parte, ni el carbón ni el acero inglés necesitan la ayuda exterior. Actualmente, las ventajas que sacarían del "pool" proyectado serían menores que los sacrificios que se le impondrían. Además, la tradición de independencia y de pragmatismo británicos se ven chocados profundamente por el salto hacia lo desconocido que significaría la aprobación, aún en principio, de una simple sugerencia, de una mera idea. Sobre todo, no quieren comprometerse antes de conocer a ciencia cierta cuales serán las características y los poderes de la Alta Autoridad Internacional proyectada.

EL FUTURO

Las próximas semanas darán una idea más precisa de las posibilidades exactas de realización de la iniciativa Schuman. Como lo expresó su propio autor, se trata de confrontar conceptos distintos, para ver manera de dar forma a algo que no la tiene. "Las críticas — agregó — no son temidas, sino solicitadas".

Ya surgen algunas. A pesar del sistema de perecuación proyectado, no se divisa claramente cómo se va a someter, en el caso del carbón, a un régimen único a industrias diferentes en cuanto a precio. No se ve bien cómo se va a lograr unificar los precios de producción de minas de riqueza diversa, que trabajan con maquinarias de diverso tipo y edad y que hacen frente a un tipo de salarios y de cargas sociales diferentes.

Mayores incertidumbres existen en lo que se refiere al acero, ya que, a la larga, es posible instalar siderurgias aún en países que carecen

de carbón y de fierro. Los "combinats" antiguos funcionaban sobre la base del reparto de los mercados extranjeros y de la reserva de los propios. Pero, ahora se pretende establecer un mercado único, lo que acarrea dificultades fáciles de comprender.

La llave del problema, el eje de las posibilidades de buen éxito de la iniciativa, van a residir, sin embargo, en la constitución de la Alta Autoridad Internacional, llamada a dictar decisiones a las empresas particulares y a los propios gobiernos. Esta transferencia de soberanía (no otra cosa significa) asusta a muchos. ¿Quiénes formarán este super-Estado? ¿Serán capaces las personas llamadas a integrarlo de resistir a las presiones económicas personales y nacionales? La idea fundamental del plan Schuman parece ser que existen personalidades absolutamente insensibles a tales presiones y libres de toda conexión económica y que, además, carezcan de prejuicios nacionales. Muchos dudan en la existencia de un personal capaz de contar con tales cualidades. En todo caso se habla ya de la necesidad de que los gobiernos participantes tengan, por un tiempo por lo menos, un poder de "veto" en contra de las decisiones de la Alta Autoridad Internacional, o bien la creación de una instancia de apelación.

Son todos puntos de difícil solución. En todo caso, la idea generosa ha sido lanzada, sean cuales sean los motivos reales que la impulsaron. Con o sin razón, la opinión pública en Francia y en Alemania se han entusiasmado con la idea.

Europa no está en situación de lanzar voladores de luces que caigan sepultados en la nada o en las comisiones de estudio, lo que equivale a lo mismo.

Todos los que miran con optimismo y con fe el porvenir del mundo están pendientes del desarrollo del plan Schuman. Sería peligroso demostrarles que estaban equivocados.

LIBROS

EDUARDO ANGUIITA.—“*La inseguridad del hombre*”.—Ediciones David.—Santiago de Chile.

La inseguridad de que aquí se trata es, en gran parte, la del alma infantil. De los cinco relatos que componen la obra, cuatro de ellos reproducen vivencias infantiles. Es preciso, sin duda, decir que ellas están de tal modo presentadas por el autor que nos colocan directamente ante una visión infantil del mundo. No es raro encontrar estas tentativas literarias de vuelta a las imágenes de la infancia. Sin embargo, lo que ocurre por lo general es que se delata en forma excesivamente manifiesta la circunstancia de que es un adulto el que habla. Con Eduardo Anguita, el sentimiento de una percepción directa de las imágenes infantiles o adolescentes es en realidad asombroso.

Cualquier lector no acostumbrado a introducirse en su propia imaginación y para el cual la vida fluye sin dejar mucha huella, los relatos de Eduardo Anguita — especialmente el primero, “*La Muerte Nocturna*”, a nuestro juicio, el mejor— podrán parecer de una fantasía no bien coordinada. Pero no se trata de eso. Es increíble el modo tan sutil y expresivo cómo está recogido allí ese mundo de imágenes medrosas, ligadas a la superficie de las cosas y, al mismo tiempo, a lo más inferior del espíritu. La virtud de Anguita consiste, a nuestro juicio, en detenerse con la imaginación en ciertos aspectos, en ciertos hechos, en ciertas borrosas sensaciones, que todos vivimos, pero que muy pocos logran revivir y expresar. El autor parece estar sumido en su mundo, lo observa sin modificarlo, lo deja correr. En él, no hay ningún sentido de crítica o de calificación. El niño que sufre el miedo, que mira los actos de su madre y de las de-

más personas de su casa, que asiste a determinados hechos no pone nada de su parte, sino su receptividad. Está allí como alguien que siente y vive. Las cosas más trágicas le ocurren casi como si no le ocurrieran. Hé aquí un pasaje que da una idea de lo que queremos decir:

“Más, hay una persona que duerme a tres pasos (a un paso de fantasma de mi cama). La veo tan lejana y sumida abajo. Se llama: mi madre.

A estas horas no se saca nada con tener madres. Son un silencio más. Mi madre no respira. Está muerta. Ha fallecido. El fallecimiento de mi madre. El deceso de mi madre. La noche la asesinó. ¿Qué hago? ¿Qué hago con una persona muerta al lado mío? ¿A quién llamo? A esta hora no se puede, no se debe gritar. Pobre mujer muerta. Pobre yo, vivo. Un muerto se espanta de estar durmiendo con un vivo. Este aire encerrado me matará sin duda. Chsssss... Silencio. Hay que morir sin ruido. La muerta respira. Una muerta viva. Esto es peor, no hay que hacer de escalofríos en los huesos cuando un difunto se reincorpora. Más, volvamos atrás. Esa señora que es mi madre no ha estado nunca muerta. Es una viva que vive, no una muerta que resucita. Está bien, pero queda el aire en forma de araña y en el que florecen las uñas como a los encerrados en las urnas. Y a propósito cómo dormiré yo cuando no tenga familia”.

Nótese aquí ese sentido de absoluta objetividad con que los hechos afectan al protagonista. La sucesión de las imágenes, su ausencia de coordinación. Su distinto significado. Esa especie de aislamiento en que se vive y que lleva a dar un salto desde el mundo externo, ajeno y misterioso, a una cuestión personal e íntima y obje-

tivamente vana: "¿Cómo dormí yo cuando no tenga familia?"

Si agregamos a lo anterior una gran penetración en la poesía de las cosas y una actitud metafísica de misterio ante la vida, podremos decir que Eduardo Anguita ha creado en estos relatos un ejemplo de prosa poética comparable, por su profundidad, a cualquiera de las más hermosas.

Esto es válido para todos los relatos. Es seguro sin embargo que los lectores no estarán de acuerdo en el valor que ha de atribuirse a cada uno. Para nosotros, el ya citado "La muerte Nocturna" y "Animal en Angustia", son los mejores de los cuatro primeros. Los otros parece que desorientan a fuerza de intensificar los elementos de medrosismo o de aparente despiadada crueldad. Su singificación simbólica no se trasluce de una manera suficientemente atractiva.

El último de los relatos lleva un

nombre extraño: "Las hormigas devoran a un hombre llamado David". Su simbología próxima es fácil de percibir. Se trata de la eterna lucha entre el espíritu vulgar y el espíritu selecto. Sobre la manera cómo se resuelve el conflicto, el autor no parece muy optimista, ya que, en definitiva, el hombre "llamado David" hace lo que la muchedumbre de las hormigas humanas quería: las escucha. Pero, eso mismo lanza hacia la locura al espectador de la derrota del "Hombre". Y he aquí entonces qué reaparece, por este lado, la inseguridad de que el libro da testimonio. El autor termina:

"Como un rayo me separé de la multitud, y por una callejuela transversal huí hacia la locura. Corrí, corrí. Aún corro, corro, corro. ¿Oyen?... Aún voy corriendo".

J. C. V.

EDICIONES EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

"Así asesinaron a Trotski", por el General Sánchez Sa- lazar y Julián Gorkin ...	\$ 140	"En Defensa de Maritain", por Jaime Castillo Velasco	80
"Historia de los Partidos Po- líticos Chilenos", por Al- berto Edwards V. y Eduar- do Frei M.	160	"La Fronda Aristocrática", por Alberto Edwards	150
"Antología (Las Estancias del Amor)", por Pedro Prado	100	"La Política y el Espíritu", por Eduardo Frei M.	80
"Introducción a la Filosofía Social", por Carlos Hamil- ton D.	200	"Dulce Patria", por Pablo Neruda. Edición corriente	150
"Política, Economía y Cris- tianismo", por Máximo Pa- checo Gómez	90	Edición de lujo	500
"La Doctrina Sacramental de Santo Tomás", por el Dr. en Teología Fernando Cifuentes	90	"Una Experiencia Social Cristiana", por Alejandro Silva B.	80
"La Antártica Chilena", por Oscar Pinochet de la Barra	150	"La Batalla de Maipú", por el General Fco. Javier Díaz	60
"Seguridad Social Chilena", por Francisco Pinto San- ta Cruz	100	"Estructura de Nuestra Eco- nomía", por Fco. Pinto Santa Cruz	150
		"Introducción al Existencia- lismo", por Fco. Vives Es- tévéz	50
		"Voces de la Política, el Púlpito y la Calle", por Ricardo Boizard	60

Cuadernos Del Pacífico

- * **CAMILO MORI**, por Antonio R. Romera. Una monografía, esme-
radamente presentada, sobre el prestigioso pintor que acaba de ob-
tener el Premio Nacional de Arte. Ilustrada con 42 grabados.
Precio: \$ 160.—
- * **POEMAS DE LAS MADRES**, por Gabriela Mistral. Con 63 dibujos
de André Racz y un estudio sobre este artista por Antonio R. Ro-
mera. Precio: \$ 180.—
- * **ANTILLANAS**, por Mario Carreño. Ilustrado con 27 grabados del
gran pintor cubano. Con un estudio sobre el artista por Antonio
R. Romera. Precio: \$ 160.—

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

SANTIAGO DE CHILE
AHUMADA 57 — TELEFONO 89166
CASILLA 3126

Se despacha contra reembolso desde un libro. Haga sus pagos por medio de
cheque, giro o letra a nombre de Editorial Del Pacifico S. A.
Casilla 3126, Santiago

Escuche todos los días los boletines radiales de la Editorial Del Pacifico S. A.
a las 13 20 horas y a las 22 horas, por Radio Chilena (C. B. 66)

INDICE

	Págs.
COMUNIDAD SOCIAL CRISTIANA	145
DIRECTIVAS PONTIFICIAS PARA LOS CATOLICOS DE CHILE, por <i>Julio Jiménez Berguecio S. J.</i>	147
EL PURISMO Y LOS PURISTAS, por <i>Jorge Cash Molina</i>	158
EN TORNO A MONSERRAT, por <i>Julio Silva Solar</i>	164
EN TORNO A LA DEMOCRACIA HUMANISTA, por <i>Ismael Bustos</i>	170
NOTAS DE DOCTRINA MILITANTE	174
PANORAMA NACIONAL	177
PANORAMA INTERNACIONAL	182
LIBROS:	
LA INSEGURIDAD DEL HOMBRE, de Eduardo Anguita, por <i>Jaime Castillo Velasco</i>	190



Este número de *POLITICA Y ESPIRITU*, Cuadernos mensuales de Cultura, Política y Economía Social, se terminó de imprimir el 12 de Julio de 1950 en los Talleres de la "Editorial del Pacífico, S. A.". (San Francisco 116, Santiago de Chile).



EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

EJEMPLAR \$ 15,00

JUNIO-JULIO DE 1950

PRINTED IN CHILE

TALLERES EDIT. DEL PACIFICO S. A.